

EL DOCTOR HORMIGUILLO

POR

JOSÉ ZAHONERO.

El presente libro ha sido escrito para recreación y deleite de los niños. Quisiéramos al propio tiempo servirles alguna instrucción en lo que se refiere á un punto muy interesante de la Historia Natural, á la vida é inteligencia de los animales, tema sobre el cual se han inventado y propagado muchas fantásticas y exageradas ideas, pero sobre el que no existen observaciones serias llevadas á cabo por hombres doctos y respetables.

Todo cuanto de los animales se dice, complace y divierte al niño, que comienza ordinariamente por el recreo de las fábulas y acaba por desear el conocimiento positivo acerca de maravillosas verdades arrancadas á la naturaleza mediante la observación científica.

En esta novelita nos ocuparemos en fijar algunas observaciones hechas por nosotros durante cinco años, acerca de la vida y la inteligencia de las hormigas; pero como nuestras observaciones no son muchas, las uniremos á las realizadas por Huber, Lubbok, Latraille, Darwin y otros eminentes naturalistas. Nos ha servido de norma el libro inglés (*Animal intelligence*) de George J. Romanes, Secretario de la sección de zoología de la Sociedad Linneana de Londres; obra que reúne y condensa lo dicho por Lubbok y por Büskner, así como las observaciones hechas por entomólogos y psicólogos de grande autoridad. De esta notabilísima obra solo se ha traducido al español la parte primera, que se refiere á los invertebrados; la traducción, hecha con escrupulosa exactitud y en correcto y elegante castellano, se debe á nuestro compatriota el joven doctor D. Manuel Antón Ferrándiz, de la sección de antropología del Museo de Ciencias Naturales de Madrid.

Así, pues, aparte de aquello que por dar amenidad é interés al libro se refiere á lo imaginado y puramente literario, todo lo demás se funda en observaciones verdaderas y varias veces comprobadas.

No podemos prescindir de dar estas explicaciones, y así queremos manifestar que hemos tenido el propósito de hacer lo posible para que se comprendiesen bien muchos hechos, y hubimos de

procurar ofrecerlos en todas sus relaciones y en proporción debida para que por nadie fuesen puestos en duda.

Claro es que deseamos vivamente haber acertado, y que en razón á nuestro digno deseo suplicamos se enmienden aquellos errores, ó se perdonen los que no pudieren ser corregidos, y el lector dispense bondadosa acogida al libro, puesto que, lo repetimos, es una obra de pura recreación para los jóvenes, y no se habrá de exigir que en obra de entretenimiento se traten técnica y profundamente los más arduos y difíciles puntos científicos.

Consideramos, no obstante, que nuestra obra es de las pocas que tratan del particular ya referido, y que más por ella aspiramos á despertar la afición de las gentes hacia el estudio de la vida de los animales, que no á alardear de maestros, pretensión que está bien lejos de nuestro ánimo.

Esto dicho, ya nada nos resta que añadir sino que nuestro gozo será haber producido placer á la curiosidad del lector y pasatiempo á su ánimo, cosas que pido á Dios fervorosamente.

Mil veces dichoso el autor de un libro que hiciera vuestro recreo y os complaciese tanto por lo menos como uno de vuestros juegos más favoritos; y mil veces dichoso yo si en alguno de esos días en que la lluvia os priva del gusto de correr y pasear, ó bien en esos otros momentos en que, sintiéndoos cansados de saltar por el campo, deseáis sentaros, en un caso por matar el tedio y en otro por hacer más sosegado el reposo, eligierais mis historietas para vuestra lectura.

I

Después de un largo y difícil trabajo, se logró poder copiar en papel corriente, esto es, del que usamos para escribir, la historia del famosísimo naturalista y viajero explorador Dr. Hormiguillo.

Había escrito éste su historia en una hoja de papel de fumar, tan doblada que de ella se hizo un libro de algunas páginas manuscritas, y con tan diminutos renglones que para leerlos hubo



necesidad de ampliarlos con el microscopio y la fotografía, y por un medio semejante al que sirvió en París para poder descifrar los partes microscópicas fijados en las plumas de las palomas mensajeras. El estado en que el pobre Doctor se hallaba le hacía valerse de medios sumamente extraordinarios para poder dar cuenta de sus aventuras á la Europa sabia y al mundo curioso.

Por el año de 1881, el Dr. Hormiguillo había desaparecido; nadie sabía á qué punto del globo dirigir agentes ó exploradores que pudieran buscar al Doctor; en la Academia de Ciencias Naturales era donde mayor interés inspiraba la pérdida del célebre naturalista.

El Doctor Vil-garroba, médico afamado, habló en la Academia, pidiendo á ésta que se hicieren todos los esfuerzos y todos los sacrificios imaginables para averiguar qué había sido del Dr. Hormiguillo:

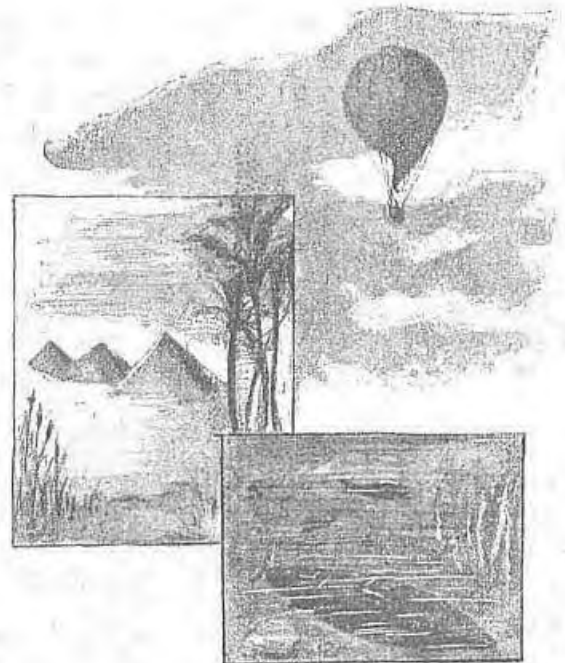
«Mucho me temo, exclamaba con voz llorona y alzando los ojos al techo; mucho me temo que nuestro querido colega haya hecho alguna barbasada; aquel no poderse estar quieto ni un segundo; aquella movilidad de ardilla, en fin, aquella vivacidad del Dr. Hormiguillo, deben haberle conducido á un fin desastroso.»

El célebre Cucúrbita dijo que él temía que Hormiguillo hubiera perecido ahogado y estrujado, en los bosques del Brasil, por alguna serpiente *boa constrictor*; porque sin duda Hormiguillo había ido al Brasil, puesto que mil veces había manifestado el propósito de hacer este viaje, para surtir con nuevos ejemplares su colección ornitológica (de aves) y sus cajitas entomológicas (de insectos); y sobre todo para ver la hormiga de quitasol, que es una hormiga que va á un cierto árbol á arrancar de él una hoja con la cual carga á cuestras, únese á otras hormigas cargadas cada una con su hojita correspondiente, y todas forman una larga fila de

obreras que en las hojas llevan unas como lindas sombrillas abiertas. Con estas hojas, que tienen cualidades de consistencia é impermeabilidad, cubren el techo del hormiguero para librarle del agua en la época de las grandes lluvias. El Dr. Hormiguillo había deseado ver esto, y sin duda su noble curiosidad le había perdido para siempre en medio de los apretados y oscuros bosques brasileños.

Tal vez hubiera muerto en sabroso guisote, devorado por los caníbales, ó del paludismo en los pantanos de Egipto; pudiera ser que en la boca de algún terrible Saurio, ó que tal vez se hubiera embarcado en algún buque submarino de esos que bajan al fondo del mar, sin que les sea dado poder subir después, ó que hubiera ascendido en algún globo aerostático de los que suben y no pueden descender.

Estas eran las hipotéticas suposiciones que todo el mundo se hacía acerca de la suerte del doctor Hormiguillo, hasta que por la revelación inesperada que hizo el Presidente de la Academia, se creyó, por fin, descubierto el secreto. Dijo el Presidente que el Dr. Hormiguillo, habiendo sentido que su entendimiento y su memoria perdían energía y vida, hubo de beber, para recobrar la potencia de su alma, de un licor que un bonzo le había regalado en la India. Ahora bien, todo el que bebiere del referido licor, ganaba en memoria é inteligencia, pero habría de ir perdiendo el vigor físico hasta acabar por el mayor aniquilamiento; era, pues, muy fácil que el Doctor hubiera enflaquecido y se hubiera al propio tiempo achicado hasta quedar reducido á la nada. Por último, se tuvieron noticias verdaderas del Doctor,





Un hujier, vestido con el casacón verde y oro, que era la librea de la Academia, y con su peluca gris, sus medias de seda negra, su zapato con hebilla ancha y su gran collar de hierro al pecho, penetró en el suntuoso salón de sesiones de la Academia, llevando en una bandeja de plata labrada un pliego y un diminuto paquete, no mayor que

un caramelo. En aquel pliego daba cuenta al Presidente de la Academia el secretario particular del Dr. Hormiguillo, del hecho singularísimo de que el citado sabio Doctor le había ordenado remitir á la Academia la cajita donde iba guardado el manuscrito en que el propio Doctor refería sus desdichas y sus aventuras como viajero explorador y naturalista.

Así fué como pudo al fin descubrirse el secreto de la vida del Doctor; leído el manuscrito, dió orden el Presidente de que se copiara é imprimiera para que el mundo tuviese noticia del más raro suceso que pueda haber ocurrido desde que el mundo es mundo.

El Doctor vivía y estaba ya de vuelta de un penoso viaje.

Y sin embargo, el Doctor no se dejaba ver por nadie, y como se dirá, razón sobrada tenía para usar de tan discretísimo medio, pues de lo contrario se hubiera visto obligado á ir de palacio en palacio, de casa en casa, de teatro en teatro, para que todo el mundo le viera y admirara.

Nada más enojoso que servir de diversión á las gentes; y además, si á tal cosa se hubiera prestado el Dr. Hormiguillo, ¿qué hubiera sido de la dignidad científica? ¿Qué del crédito y del honor de la Academia? Además, el fenómeno portentosísimo que en el Doctor se había verificado, le obligaba, como se verá, á librarse de los gravísimos peligros que por todas partes le rodeaban. Nunca en parte alguna, ni en ningún tiempo, había ocurrido un suceso más raro y admirable, y aun ahora, que ya se da cuenta al público del caso, seguros estamos de que la mayor parte de las personas habrán de ponerlo en duda, y nos será, no ya difícil, sino que puede que nos sea imposible convencer á los lectores de la verdad de nuestras palabras, y no hay que decir que las tomarán como fantasías ó

delirios de cuentos imaginarios. No debe importarnos esto, toda vez que el mismo Dr. Hormiguillo decía que le apenaba poco se dudase de lo que respecto á él y la extraña enfermedad que padecía contaba en sus Memorias, puesto que aquel que no le hubiese visto no podría nunca dar crédito á un suceso tan inverosímil; pero cuenten que se enojaba cuando se le desmentía acerca de las observaciones científicas que había realizado.

El Dr. Hormiguillo pareció; nadie pudo verle, pero al fin se supo, y he aquí á renglón un extracto de las Memorias que él escribió y que nosotros, reduciéndolas á breves líneas, las publicamos, para gloria del sabio Doctor y pasatiempo vuestro.

(Se continuará.)



II

Pasaron aquellas fiebres, curados los dolores que me atacaron los primeros días, llevaba más de quince en la cama, cansado de verme preso entre sábanas, sin otra cosa ante mis ojos que las ondas de las bordadas y blancas colgaduras, á través de las cuales penetraba la luz, el movimiento constante de la péndola del gran reloj de mi alcoba, y el *rourró* de mi gato, que echado en la colcha sobre mis pies, dormía beatíficamente.

La mesa de noche estaba cubierta de botecillos y paquetitos comprados en la farmacia vecina.

Mi mujer había ido varias veces á verme y á preguntarme con voz dulce y cariñosa si me sentía ó no más aliviado.

Yo contestaba siempre lo mismo:

—Sí, ya estoy bien; de esta libré el pellejo.

Pero mi terror era cada vez mayor y más profundo; no me lo inspiraba el miedo de morir; antes por el contrario, creo que á no ser porque el hombre debe resistir con braveza todos los contratiempos y todos los males que en su vida le sobrevengan, me hubiera suicidado... ¡Sí, me hubiera suicidado, porque me amenazaba algo más terrible que la muerte!

Cada vez que pensaba en ello me sentía desfallecer; ni aun al mismo médico le hubiera dado cuenta del motivo de mis temores, porque á pesar de todo, aun tenía la esperanza de que el mal que me amedrentaba no llegara á realizarse.

Sin embargo, un pronóstico amenazador, como una sentencia, me perseguía; el pronóstico de Bam-Bam, bonzo de la India, á cuya secreta ciencia y misteriosas artes de hombre medio brujo había yo recurrido.

Hice un viaje y me presenté á él; se hallaba sentado de cuclillas en el suelo, junto á las ruinas de un soberbio templo; el bonzo se divertía en mirarse majestuosamente, bizcando los ojos, la punta de su nariz, diversión en la que se pasaba el hombre las horas muy sosegado y conforme. Yo me quité mi casquete inglés é hice una cortesía, y con esto pasé á manifestarle mi deseo.



—Yo, sabio Bam-Bam, necesito de tu prudencia, que es más preciosa que el oro.

—Habla, que tengo mucho que hacer...—me replicó.

Por poco no suelto la risa. ¡Vaya

unas prisas y unos quehaceres los suyos, seguir mirándose la punta de la nariz!

Recuerdo que Bam-Bam se impacientó, y me dijo con viveza ner-

viosa:

—Vamos, acaba, ¿qué es lo que quieres decirme?

—Pues así en todas tus existencias seas muy dichoso,—le dije,—como me sirvas en esto que te pido, y es que me des alguna bebida ó algunas hierbas, ó, mejor, cualquier remedio de los que tú conoces, para recobrar mi perdida memoria, dar vigor á mi entendimiento, y, en fin, conseguir de nuevo aquella fuerza juvenil del alma que he perdido por el mucho estudio y las pesadas cavilaciones.

—No pides nada, que se diga...—me contestó.

—Yo sé ¡oh diligentísimo Bam-Bam! que todo esto es nada para tu mucha ciencia, y que son más preciosos los secretos de tus artes ocultas,—le contesté.

Volví á decirle de nuevo que pediría á Dios que hiciese feliz á Bam-Bam en todas sus existencias, porque aunque yo nada creía de esto, el bonzo creíalo á pie juntillas, y así aseguraba que había sido flor, oruga, mariposa, pájaro y caballo

y muchas cosas más, hasta llegar á ser hombre; y después tenía la esperanza de ser buey, alcornoque, cernícalo y dromedario; que á esta creencia la llaman, como ya sabréis, mis queridos niños, «la metempsicosis» ó transformación. Yo le hablé de esto al bonzo para tenerle contento y que no opusiese resistencia alguna á concederme el favor que acababa de pedirle, y que más me hubiera valido no haber dado en tal locura.

Por fin, Bam-Bam llamó á un muchachuelo indio que tenía á su servicio, y le ordenó que buscara no sé qué bebida que al poco rato trajo el indio en una calabacita, y Bam-Bam, dándome muy solemnemente aquel brebaje, me dijo estas palabras, que no se pudieron borrar de mi memoria, y á las cuales no dí entonces mucho crédito... ¡Esta fué mi desdicha!

—Bebe, y volverás á tener claro el entendimiento, lozana y fresca la memoria; pero vosotros los sabios de Europa no conocéis sino las cosas á medias. ¿Sabes á lo que al beber de este licor, te expones?

Contesté la verdad; ni sabía esto, ni sabía sino que la tal hierba era sólo conocida de los bonzos de la India.

—Pues te expones á que al recobrar las facultades del entendimiento vayas perdiendo las carnes y enflaquezcas, y mengües en estatura y te achiques hasta el extremo más lastimoso...

Bien me lo avisó Bam-Bam; pero á la verdad, no dí mucha importancia al consejo, ni pude creer jamás que el enflaquecer y achicarme pudiesen producirse al punto de irme reduciendo casi á la nada.

—Bebí, bebí del maravilloso licor; pude pasar-me las noches y los días atento á mis libros; no me hizo traición ni una sola vez la memoria; había rejuvenecido; era otro por completo; mi orgullo estaba satisfecho; las facultades de mi alma eran poderosas cual las de un joven... ¡Ah, y cómo me reía de mis colegas, los cuales, unos tenían ya la cabeza á pájaros, otros no resistían ni la cuarta parte del tiempo que yo dedicaba al trabajo.

¡A mis cincuenta años era tan estudioso y trabajador como un hombre de veinticinco! Todo el mundo estaba maravillado, pero yo no quería descubrir mi secreto; el licor, que así como el té presta energía á las facultades del juicio, y el café á las de la imaginación, el licor de Bam-Bam esclarecías todas devolviéndolas el vigor perdido.

Figuráos cuál sería mi espanto al sentirme cierto día con todo el cuerpo dolorido; no parecía sino que me habían descoyuntado y desbaratado, desajustando á la vez todas las articulaciones de mi cuerpo.

Era un continuo ¡ay! á cada movimiento que hiciera; y con cada ¡ay! una gesticulación que pondría mi cara que daría espanto mirarla; claro que cuando las trabazones de las partes se aflojan, cae uno como si estuviera inerte, y así caí yo en el lecho.

Y mi pobre mujer fué á llevarme una taza de salvia; tras de mi mujer acudió nuestra vieja Timotea, con sus ojos saltones, que entonces me miraban con temeroso cuidado; Timotea también apareció con una taza de tila y un botecito de azahar, y tras de Timotea, criada la más antigua, iba Rosita, la doncella, con no sé qué cataplasma caliente entre ambas manos, y luego Petra la cocinera armada con un enorme calentador.

Así en fila, y con el remedio que á cada cual se le había ocurrido, llegaban mi mujer y mis criados solícitos y tristes...

Pude contener á aquella procesión de devotos de la botica, para que esperaran la llegada del médico, el cual, por fin, nos sacó de temores; después de haberme pulsado, mirado y remirado por todas partes, aseguró que sólo había duda en que yo pudiese tener una ó dos de la media docena de enfermedades que allí me encajó, y que hubiera servido de letanía á la procesión de que antes os he hablado.

Tampoco hice remedio alguno de los que el médico me prescribió... ¿Por qué no lo hice? Porque tenía una terrible sospecha.

He bebido demasiado, me dije, del licor Bam-Bam; puede que esta enfermedad sea el primer efecto del desastre que el indio me pronosticó.

Así era que, por mi aprensión ó mi temor, todo se me volvía hacer preguntas que hicieron que la gente de mi casa creyese que iba á perder la razón.

—Está Ud. muy flaco, -- me decía el Doctor.

¡Adiós! Ya se comienza á cumplir el pronóstico de Bam-Bam: temía levantarme, no fuera á hacer el diablo que hubiese yo menguado de estatura; todo se me volvía mirarme las manos y medírmelas, así como las narices, la cabeza, y



ved qué espantoso sería para mí descubrir la terrible realidad.... Estaba, como os dije antes, libre de fiebre y de dolores; me decidí á levantarme, y al ponerme los calzones, ví con profundo espanto que eran doblemente más largos y anchos que mis piernas; no quise que nadie supiera esto; al verme reducido á la estatura de un niño de ocho años... puede que nadie pudiera contener la risa... llorando de rabia me metí de nuevo en la cama.

No, esto ha de ser inevitable... ¿Qué necesidad tengo de decirle á nadie esto? Cuando me quede reducido al tamaño de un dedo meñique, me lanzo bajo los zapatos de mi aguador, y muero como los que se ponen al paso de la locomotora para que ésta les aplaste.

Se me olvidaba decirlos que Bam-Bam me había dado el consejo de que si notaba el enflaquecimiento y el achicamiento de mi cuerpo, dejara de beber el maldecido licor... ¡Tal vez así, me había dicho el bonzo, la enfermedad no haga más sino reducirlos hasta un grado, y de allí no pase el amenguamiento!

Éste había empezado: ¿quién podría decirme cuándo había de cesar?

Quizá cuando me deje consumido como un hilo y chiquito como un comino.

—¡Ay, Hormiguillo!—decía mi mujer.—¿Cómo tú, que parecías antes hecho de rabos de lagartijas y no había manera de verte sosegado y quieto, estás ahí, metido en la cama y sin querer salir de ella?

No supe qué contestar: hubiera tenido que descubrirla el secreto, y quién podría atreverse á decirle una cosa tan inverosímil... y que tanto habría de apenarla, si la creía, por lo mismo, y si no, porque tal vez hubiera dudado de mí, tomándome por loco.

Al fin un día, mi mujer hizo el tremebundo descubrimiento, se acercó á mi cama, me miró y remiró muy atentamente, y abriendo luego desmesuradamente la boca y los ojos exclamó:

—¿Qué tengo yo en la vista... que juraría que se te han achicado las orejas y las narices, y aun me parece que hasta la cabeza toda es más pequeña? ¡Uf!... ¡Si los ojos me parecen chiquirritines!...

No hubo remedio, la fiera reducción mía era inevitable y había sido notada... y por último se lo revelé todo á mi mujer... Por supuesto, tuve una idea, veréis, veréis cómo me las compuse para que á la pobrecilla no la causara tan terrible impresión la noticia.

—Mira, mujer mía, la dije; no te asustes ni te alarmes, porque lo que aquí va á suceder es cosa preparada por mí y á mi gusto...

Creo que me eché á reír ¡valiente gana tenía

de ello! para acabar de engañarla. Pues sabrás...

No sabía qué inventar para salir del paso. ¡Ah! Dios me iluminó y tuve la feliz idea de decirle una mentirilla venial.

—Has de saber, esposa mía, que voy á achicarme.

—No te comprendo,—me dijo la pobrecilla llena de asombro.

—Pues no es fácil que me comprendas; quiero decirte que voy á menguar como la luna, es decir, que me quedaré convertido en un liliputiense, pero podré recobrar mi verdadera estatura cuando haya terminado mi empresa científica.

—¿Y qué empresa científica es esa, y para qué diablos vas á quedar reducido á tan breve estatura?

—¿No aciertas á explicártelo? Pues siendo yo chiquirritín me será fácil, y sin ayuda de microscopio ni de micrófono, ver y oír á los animales pequeños; estoy loco de contento porque puedo realizar un viaje científico al mundo de los insectos; realizaré una heroica empresa, me cubriré de gloria, y con la obra que yo publique dando cuenta de todo cuanto vea y estudie... haré un capital.

Mi pobre esposa se echó á llorar amargamente; no se la ocultaban los peligros á que sin duda habría de exponerme; podría morir en las fieras uñas del gato; en las tenazas cortantes de una hormiga; para mí serían monstruos hasta los bichos más imperceptibles á la vista.

Tuve el valor de fingirme alegre y entusiasmado por consolar á mi mujer, que estos sacrificios ha de hacer un hombre honrado por los seres que ama, y de tal modo me expresé y por tales medios hube de animar el corazón de mi pobre esposa, que ésta no sólo se tranquilizó, sino que llegó á reirse de lo extraño de mi achicamiento, y á admirarse de lo que ella consideraba como un maravilloso resultado.

Se hicieron los preparativos todos para cuando llegara el caso; convinimos en que ella guardaría el mayor secreto, no fuera que, excitada la curiosidad de las gentes, llegase yo á servir de diversión á mis colegas los sabios y á las muchedumbres amigas de ver monstruos, gigantes y enanos en las barracas de feria ó en los circos de saltimbanquis.

No obstante, mi tristeza se había disipado.

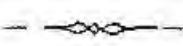
Al fin y al cabo, me decía, no ha de ser tan triste mi suerte, y eso mismo que he dicho por consolar á mi mujer, me ofrece en realidad un motivo para ver y estudiar grandiosos misterios de la vida y de la naturaleza. A grandes y á chicos consuela y ennoblece la ciencia, y puede que

si llego á empequeñecerme hasta el tamaño de un dedo meñique, pueda realizar estudios que me engrandezcan á la altura de los más eminentes y celebrados naturalistas.

A los pocos días quedé, en efecto, tan pequeñito que podía encerrarme en mi petaca, darme un baño en mi tintero y hacerme un abrigo de piel con el dedil de uno de los guantes de mi mujer.

Así pude dar principio á mi viaje y consolar lo doloroso de mi triste situación con el trabajo científico á que, como veréis, he dedicado mi vida de hombre meñique, de doctor diminuto, de segundo Gulliver, de Robinsón pitimini.

(Se continuará.)



III

Mi mujer estaba espantada de asombro; yo la había suplicado que hablase en voz baja, porque de otro modo me ensordecería. Y mientras ella, colocándose con sumo cuidado en la palma de su mano, exclamaba admirando mi perso-



nilla:

—¡Jesús, qué mono, qué gracioso y lindo te has quedado! ¡Pobrecito mío!

Yo estaba lleno de terror al ver que el cutis, antes para mí fino y suave de mi mujer, aparecía entonces á mis ojos como esos burdos lienzos de sacos, y aun más áspero y acortezado, y surgiendo de él todo un cañaveral de varas negras y grasientas, lo que otras veces había sido para mí vello finísimo, delicado; hasta el aliento de su boca, en verdad, aromatizado por el licor de menta dentífrico que ella usaba, era cálido como vapor que escapa de una enorme caldera. Mi sensibilidad se había hecho más delicada, y si mis sentidos no llegaban al alcance que habían tenido, eran en cambio mucho más perspicaces... oía infinito número de sonidos y veía hasta los más minuciosos detalles de las cosas que antes hubiera tomado por pequeñas y fútiles.

Para hacerme oír sin tener que hablar á grandes voces, lo cual me hubiera mortificado, hube de valerme de un micrófono telefónico; mi mujer, para contemplar mi cara y ver la expresión de mi rostro, valíase de una enorme lupa...

—Es necesario,—la dije,—que pienses en hacerme ropa, pues no tengo más que esta túnica del muñeco de Pepito, y á la verdad estoy impresentable.

No os he dicho que tenía dos hijos, Pepito y Carmela, á los cuales nada se les había dicho respecto á mi transformación y achicamiento; mi mujer pensó que si los niños veían á su padre reducido á la estatura de una figurita de porcelana de las de la rinconera, podrían tal vez querer jugar con papá y faltarle al respeto; no obstante, dí las medidas de mi cuerpo á mi mujer, y ésta encomendó á nuestra hija el encargo de que con los falzones de una de mis levitas hiciera un traje completo; también hube de ponerme los sombreros de un muñeco de Carmela.

Cuán ajena estaría ésta de sospechar que aquello iba á servir á su padre; se les dijo que yo me había ido á hacer un largo viaje. Lloraron un poquito, pero después, ante la promesa de que tornaría pronto á casa cargado de juguetes y regalitos para ellos, se tranquilizaron, en cierto modo risueños y contentos, con la esperanza de recibir algún día de mis manos quizá mil preciosas curiosidades.

Sin embargo, cuando yo escondido veía cerca de mí á aquellos gigantes, mis hijos, lanzando terribles gritos, no me podía acostumbrar á la idea de que aquellos fueran mis hijos, á los cuales creía que habría de ver mucho más pequeños que yo, esto es, de estatura equivalente á la que con relación á mí tenían antes de que yo me achicase.

Pero quien no cesaba de admirarme ni acertaba á moverse de mi lado era mi mujer; parecía unas veces satisfecha de verme, como ella decía, tan remonísimo y tan gracioso, con mi cabecita de miniaditas facciones, mis piernecitas y mis brazos, hecho un hombrecito.

—Vamos, déjate de contemplaciones; tú no puedes pensar lo que me mortificas cada vez que me agarras con tus dedazos, luego el calor de tu mano me sofoca... es necesario que pienses en hacerme más fácil y llevadera mi situación.

Nunca hubiera dicho tal cosa: me hallaba sobre la mesa de mi despacho, frente á mi mujer, que había intentado atraparme con sus dedos. Pues bien; de pronto cayó sobre mi cabeza, cegándome y aturdiéndome, un chubasco de agua: era



una lágrima que se había desprendido de los enormes ojos de mi mujer, conmovida por lo que sin duda hubo de considerar una ingratitud mía.

—Perdóname, esposa mía,—la dije, y saltando á su mano derecha, me abracé á su dedo meñique y le besé en la yema, gordita y carnosa como su rostro.

—No perdamos el tiempo,—le dije después;—es necesario que me habilites una casa donde pueda yo habitar, no se te ocurra meterme en un cajón ó en un estuche; trae de la cómoda de la sala aquella casa suiza de madera que te regalé llena de dulces el día de tu santo; es bastante cómoda y abrigada, tiene cristales, dos pisos y varias habitaciones; en fin, ya me acomodaré como me fuere posible, con cuatro trastos de los juguetes de la niña, hasta que haya dispuesto lo necesario para emprender mi viaje.

Así se hizo, y quedé instalado en la casita suiza, como Gulliver en la casa de muñecas de la niña gigante, y con más lujo y comodidad que Robinsón en su isla.

¡Quién habría de decirme en otro tiempo, cuando hube de comprar en montón algunos de los juguetes de mi hija, que compraba enseres para mi uso y servicio mejor que para la diversión de Carmelita!

Este es el misterioso destino del hombre, medido en una cama de muñeca; quería conciliar el sueño, toda vez que durante todo el día había estado de aquí para allá, colocando los muebles y barriendo las habitaciones de mi morada; pero imposible... el sueño no llegaba, tal hervía mi cabeza, y tan continuados y disparatados pensamientos ocupaban mi mente, desvelándome y poniéndome en continuo desasosiego.

—No, no podré seguramente resistir esta vida, como no es soportable ninguna cuando el hombre se entrega al ocio y se deja dominar por la pereza; estudiaré, mi mujer abrirá los libros, y subiendo yo sobre las páginas y á la carrera, pasando y repasando por los renglones, así, á la vez que leo, me ejercito en el paso gimnástico; y esto hice á la mañana siguiente, después de haberme lavado y vestido y luego de tomar mi tacita de café por desayuno; y de este modo hice siempre que me era necesario leer ó estudiar.

Hice una observación utilísima, y era que como algunas veces me cansaba de andar con tal premura por entre las líneas, tenía que caminar despacio y me fijaba más en lo que leía, de donde yo deduzco que los estudios que se hacen á la carrera maldito lo que aprovechan, y, por lo tanto, el que estudia con sosiego reflexiona con más juicio y saca fruto mejor de lo que los libros nos dicen.

¡Qué espectáculo tan nuevo y asombroso para mí aquel mundo pequeñito! ¡Qué maravillas contemplaba: lo que hasta entonces había yo tenido por inútil y despreciable, resultaba entonces grande y de provecho, á veces digno de admiración por su belleza!

Yo, que era tan chiquito que al asomarme para mirar abajo por los bordes de la mesa de mi despacho, me sentía acometido por el vértigo de las alturas, ni más ni menos que si vosotros mirárais á la tierra desde lo más elevado de una torre, tenía la ambición de acometer empresas heroicas... que á vosotros habrán de hacerlos reír... pero es sin



olvidar que yo no era mayor que el dedo meñique de mi mujer; no lo olvidéis, pues sólo teniéndolo presente es como os será posible comprender todo el valor ó merecimiento de las aventuras que he llevado á cabo, lo terrible de los peligros en que me he visto, y de los cuales he ido saliendo merced á mi fe en Dios y en la ciencia, que es la santa verdad de Dios que los hombres van descubriendo como premio á la constancia, á la virtud y al trabajo. Estudiaría y exploraría en el mundo de lo

pequeño, donaría á la humanidad el caudal de mis conocimientos, y lo repito, ante esta idea, hasta consideraba como una gran fortuna verme convertido en hombre meñique.

Porque lo que yo me decía: ¿qué hacen después de todo esos sabios que huyendo de los goces, de los honores y grandezas de la vida, para humildes y escondidos estudiar con religiosa fe las ciencias y la naturaleza, sino achicarse, reducirse, anonadarse hasta el punto de que hasta el mundo llega á ignorar que existen?... Y por fin, ¿no se agigantan luego con la gloria de los grandes descubrimientos?

(Se continuará.)

(Continuación.)

Muy entusiasmado hube de quedar después que me hice este discurso, cuando ¡oh! ¿cómo es posible que vosotros podáis imaginaros cuál fué la impresión terrible que recibí después? Más alto que mi casa, y obscureciéndolo todo al interponerse entre la luz del balcón y las ventanitas de aquélla, apareció un monstruo feroz y bárbaro, peludo, con enormes garras en sus cuatro patas y ojos cristalininos de un amarillo de azufre...

¡Era el gato, el enorme Zopín, que se había colado en el despacho!... Sentí que un sudor frío corría por todo mi cuerpo.

—¡Qué imprudencia, Dios mío, qué imprudencia la de mi mujer, que así me exponía á tan grave peligro! ¿Cómo habría podido ser tan descuidada y dejarse la puerta del despacho abierta?

Morir destrozado por aquellas garras, ó desgarrado por aquellos colmillos... Me daba un miedo profundo; sí, podría jugar conmigo, tirarme á lo alto, ni más ni menos que á un ratón. Yo había visto á un pobre torero á quien el toro había lanzado volteando á gran altura, y me aterraba el recuerdo.

Felizmente el monstruo dió dos estridentes maullidos, y saltando de la mesa al suelo tornó á la puerta, que seguía entornada, y con su mano la abrió y se marchó del despacho.

Comprendí que desde aquel momento no podía haber sosiego para mí... Imagináos que anduviese por las calles de Madrid un animal tan fiero como el gato y mayor que las casas más altas... ¿Qué miedo se apoderaría de vosotros?

Me había envanecido antes de tiempo; comprendí que era algo más difícil vivir y luchar en aquel mundo que, siendo tan pequeño, resultaba tan inmenso para mí; pero al fin y al cabo, yo lo que debo ver y estudiar son los insectos... y para esto me sobran medios, y no creo que he de verme privado de valor.

Al día siguiente haría que mi mujer me condujera al jardín; no habría de ser difícil hallarme, caso de que me perdiera, porque el jardín de casa no era, á la verdad, muy grande; allí realizaría el

estudio que, como naturalista, me interesaba más hacer: el estudio de las hormigas.

Ya me felicitaba de mi proyecto cuando oí voces en la casa...

—¡Jesús!—decía la voz de mi mujer.—¡Qué su-ciedad y qué miedo!

—Señora, no lo habíamos visto—replicaba la criada;—puede creer la señora que hemos limpiado la casa con el esmero de siempre.

—No es posible, no es posible.

—Créame la señora...

—Así será; pero ello es que ese bicho está ahí en el rincón. Vaya V. y lo verá prendido á su negruzca telaraña.

—Iré ahora mismo á limpiar el techo y á sacudir por todos los rincones.

¡Ah! se trataba de una de las cosas que mayor repugnancia y terror inspiraban á mi mujer; se trataba de una araña, una araña, cuya tela romperían, pero sin matar al animal que, escondiéndose en su agujero, aparecería nuevamente y nuevamente tejería otra tela. La repugnancia y el asco que producía á mi mujer eran tan grandes, que oí que les decía á los criados:

—¡No, no intentéis matarla hasta que yo me haya ido de la casa; podría caer al suelo y lanzarse sobre mí!

He aquí, me dije, un motivo magnífico para poner á prueba mi valor; sí, se trataba nada menos que de una empresa fabulosa, como las que realizaban, según los poetas, los caballeros antiguos, batiéndose por sus damas con los más horrendos monstruos. Mataré esa araña. Esta fué mi heroica resolución.

Las arañas son animales ferocísimos: entre ellas mismas se devoran sin piedad; además son egoistas, viven aisladas unas de otras, dedicadas á la caza por el cobarde medio del acecho.

La hembra suele devorar al macho; recordaba yo haber visto á una araña resistir fieramente á otra, y, por último, las ví prenderse ambas y destrozarse hasta que la más robusta devoró á su enemiga, que era pequeña y endeble.

¡Ánimo y adelante! me dije. Salí de mi casita á recorrer por toda la mesa en busca de cosas que me eran necesarias: cuerdas y armas.

¿Qué arma elegiría? Una fina y afiladísima aguja habría de servirme de espada, y llevando áuestas una cerilla y varias cabezas de otras, prendería fuego al nido, caso de que con las estocadas que tirase al monstruo no pudiera dar fin á su existencia.

¡Oh, si vierais qué empresa aquella, para mí más ardua y difícil! Tratábase de subir al techo, es decir, á una altura para mí tan considerable como lo puede ser para vosotros el pico de Muley-Hacen; pero no por pendiente inclinada, sino que por un plano terso y vertical, tan terso que las paredes se hallaban estucadas; iba á combatir un monstruo que me resultaba de la magnitud con que cuando yo tenía la estatura natural, no ésta á que me redujo el veneno del indio, resultaría mi mesa de despacho; de modo que os podréis figurar una araña enorme como una gran mesa... ¡Sería horrible tal monstruo!

Así aparecería para mí la araña, y además las patas de la fiera serían casi de doble longitud que todo mi cuerpo.

Había yo hecho que mi mujer pusiera una escalerita á uno de los lados de mi escritorio, escalera hecha de libros superpuestos, y claro que unos más salientes que otros. Por ella podía bajar hasta el suelo; pero me pareció más conveniente subirme al borde superior del respaldo de una silla, caminar por allí como un funámbulo é irme acercando á otra silla, y así de ésta á aquélla llegar hasta el cordón que pendía del alambre de la campanilla, subirme por él como un marinero á las cofas, colarme al agujerito hecho para que el referido alambre pasase al llamador de la alcoba, y por el alambre llegaría á la madriguera del monstruo.

No sólo me aterraba el peligro de tropezar y caerme al suelo, sino que me daba miedo el riesgo en que podría verme de tropezar con alguna mosca; nada para mí más repugnante y espantoso que aquellos dípteros, peludos, con dos ojos enormes, un abdomen blancuzco y todo el cuerpo cubierto de unos parásitos que deben servir en parte de alimento á las moscas. Porque de tiempo en tiempo las había yo visto devorarlos, limpiándose de ellos el cuerpo, las patas y las alas; pero no bien se limpiaban volvían pronto á verse cubiertas de otros nuevos de la misma especie.

Claro es que las moscas jamás me habían parecido á mí tan feroces; pero—vuelta á las proporciones—se me aparecían entonces mayores que grajos, eran más grandes que mi cabeza. Ahora bien,

¿os sería posible vivir en un lugar donde hubiera tantos grajos como puede haber de moscas en una habitación, y que fuesen tan impertinentes que pasaran dándoos terribles aletazos ó posándose sobre vosotros? ¡Y qué ruido más continuo y estridente el que armaban aquellos animaluchos alados!

Muchas precauciones había tomado mi mujer contra ellas, disponiendo platos de goma espesa y azucarada y de unos ciertos papeles venenosos... pero, no obstante, no me había librado de ellas, ni de sus feroces compañeros los mosquitos. ¡Qué espantosa resonancia la de la trompetilla de estos... Me parecía oír la del juicio final! Aumentad las impertinencias de estos animales con relación á mi pequeñez y á la sensibilidad de mis orejas, que percibían los sonidos más pequeños con un aumento desmedido, y bien fácil os ha de ser comprender mis sufrimientos.

Salí de mi casa con una cajita de papel que me hice, no sin gran trabajo para cortarle y doblarle,

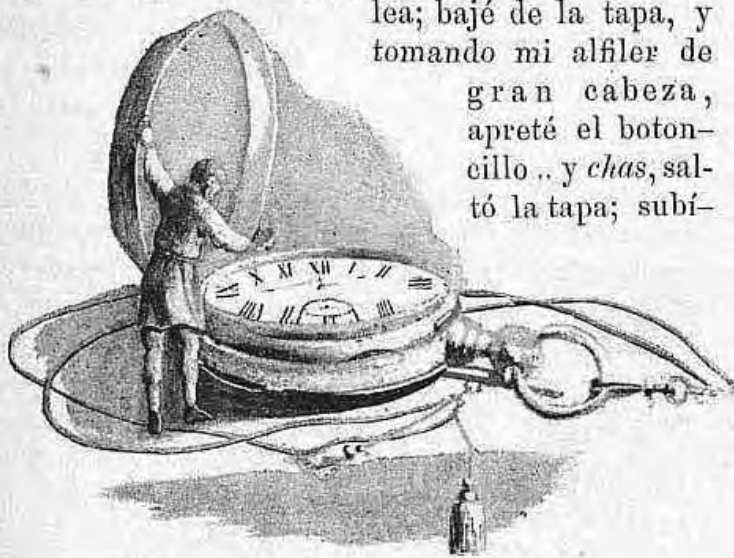


y mi aguja-espada, que había afilado con habilidad y maña; atravesé la superficie de la mesa... un estruendo espantoso me sobrecogió el ánimo: era un triquitraque ensordecedor; resonaba detrás de unos libros; dí vuelta por ellos y me hallé pronto, con gran asombro mío, contemplando mi reloj de bolsillo; subí sobre su tapa de oro. ¡Qué maravilla, una plataforma grande de oro cincelado, bajo la cual se producía el mecánico sonido de las ruedas en constante movimiento! Verdaderamente hube de recordar entonces el reloj de Gulliver, que había sido el espanto de los liliputienses mi semejantes.

¡No hay como esto de llegarse á ver pequeñito para dar el mérito verdadero á cosas que nos parecen de escaso valor!

¿Quién habría de decirme, cuando metía y sacaba aquel aparato en el bolsillo, que habría de verme algún día de pie sobre él, ni más ni menos, y pudiendo pascar por todo el disco como por una glorieta?

Era conveniente averiguar á qué hora daba comienzo á mi aventura, más que gigantesca, hercúlea; bajé de la tapa, y tomando mi alfiler de gran cabeza, apreté el botoncillo .. y *chas*, saltó la tapa; subí-



me al borde del cristal y ví la hora; ví más, ví el movimiento de las agujas, que es cosa que antes apenas había podido advertir, ni aun fijando mucho la atención; después, dirigiéndome hacia el cierre, puse un pie en la anilla y con el otro empujé la otra; bajó la tapa, dí dos pataditas y quedó en la ranura; pegué después un salto y la tapa se cerró, encajando completamente.

—¡Ea! En marcha. Son las cinco y media, no hay que perder tiempo, y persignándome y santiaguándome, recé, devotamente arrodillado, suplicando al Dios Todopoderoso que me sacase con bien de aquel terrible trance, pues iba á vérmelas con un monstruo espantoso, como jamás las más atrevidas y fantásticas leyendas humanas habrían imaginado de horrendo y fiero.

Trabajo me costó caminar sobre el borde superior de las sillas; pero ¡cuánto tuve que admirar! El suelo de la habitación aparecía á mis ojos mil veces más vistoso en colores que el campo más florido. La alfombra de tapicería resaltaba con variantes de grana y de rosa, y todo en una armonía perfecta; alcé una vez la cabeza y ví en la altura del techo, allí donde casi no podía yo alcanzar con mis ojos, unos reflejos brillantes como si se produjera un espléndido fenómeno meteorológico: eran enracimados unos magníficos prismas de cristal que lanzaban luces irisadas...

Serán, me dije, las lágrimas de la araña del despacho; saqué un antejo que había podido arreglarme y contemplé el conjunto de aquella portentosa obra de cristal... ¡Cuán hermosa habrá de parecerme también de noche, mandando que enciendan las velas todas! No menos asombro me produjeron los cortinajes de damasco, junto á los cuales pasé, y los grandes espejos. Por la luna de uno de ellos corría, cual si patinase, una bestia

fiera, una mosca... Si me hubiese sido posible entonces tener ya acabada mi escópetita de enanillo, hubiera disparado contra aquel animal.

Al fin llegué al cordón de la campanilla, y lleno de animoso coraje, queriendo robustecer mi ánimo por la realización de audaces empresas...

comencé á subir... *tras, tras, tras...* ¡ah! pero me fatigaba; y así, haciendo descanso y tornando á mi ascensión, llegué á la altura; probé con el pie la resistencia del alambre, si me podía soportar, y quedándome asido á él por las manos, pasando ésta, volviendo el cuerpo para soltar aquélla y cogiéndome con la otra, llegué al boquete por el cual penetraba el alambre á la alcoba. Apenas si cabría á entrar por él, arrastrándome y pegando mi cuerpo al alambre; antes quise examinar el conducto, no fuera que en él hubiese algún animal, sobre todo alguna *tijeneta* con su numerosa cría, que aquéllas suelen esconderse en los agujeros y en las grietas, donde guardan sus hijuelos sin separarse de ellos.

Miré y nada ví, y al fin rastreando me hallé al otro lado, es decir, en la alcoba.

— ¡Bravo! Era un héroe; notaba, sin embargo, que mi fatiga no resultaba al fin tan grande como yo me había temido, y que relativamente era más ágil y diestro que hube de serlo cuando tenía la estatura ordinaria del hombre.

Por fin, después de un ligero descanso, pensé proseguir mi heroicidad comenzada; sin duda alguna, Dios, al permitir que yo me viera tan chiquitito como un liliputiense, me había dado un ánimo valeroso y audaz; cierto que yo había sido siempre inquieto y un tantico acometedor... pero jamás hasta el extremo de entonces.

¿Pero sabes tú, me decía yo, á lo que te expones? ¿Sabes y comprendes el mérito de la empresa que intentas realizar? ¿Tú, que cuando eras un hombre como los demás no hubieras ido á presenciar, siquiera á regular distancia, la caza de una pantera, te arriesgas á cazar una araña? Pienso que seguía mirando con el desprecio de antes á las arañas, como había mirado á las moscas... y verdaderamente ya no me era dado considerarlas así.

(Se continuará.)



(Continuación.)



¡Pues qué! ¿no se lanza una araña sobre su presa con mayor rapidez que un tigre sobre la suya? ¡Y qué espantoso habría de ser morir prensado bajo la panza peluda y pegajosa por la humedad de aque-

llas mamas que destilan el juguillo de la tela, jugo que se seca y endurece al contacto del aire, formando un hilo, segrega muchos á la vez y puede enredar con aquella madeja gomosa á su víctima y al propio tiempo estrujarla con sus largas patas, prensarla con el abdomen, y chupándola toda la sangre, no soltar su presa hasta que está seca y muerta, mientras el fiero monstruo queda embriagado y ahito!...

¡Dios mío! ¡Qué terror se apoderó de mí! Ya iba á desistir de mi propósito cuando, acordándome de que el cielo ha dado al hombre el arma poderosa del entendimiento, resolví meditar con calma en los medios que pudiesen darme un resultado satisfactorio.

Sabía que cuando la araña hace presa, queda casi todas las veces que se da este caso aletargada sobre el insecto que prende; pero seguramente se aletarga cuando está hambrienta. Cazaría antes una mosca y la llevaría á la red; felizmente esto podría darme un buen resultado, puesto que me hallaba en mejores condiciones. Del alambre había saltado sobre el techo del armario-espejo de mi mujer, el cual se hallaba pegado á la pared, no lejos del rincón donde tenía su antro de muerte, el escondite para saciar la voracidad y guardarse al acecho de lo que cayera en sus redes, la enorme araña. Desde el rincón del armario ví la entrada. Siendo bastante ancho el agujero, aparecía reducido por la red. La contemplación de la red fué para mí un trabajo detenido.

¡Qué admirable y asombrosa obra!

Formaba la tela una especie de embudo, extendida, con los extremos prendidos á la pared y estrechándose hasta el agujero del nido, que constituía el centro de aquella circunferencia; allí se veía rebullir una cosa negruzca, el alma de aquella traidora red que, á más del habilísimo tejido hecho de hilos geoméricamente trazados, era de una materia que no sólo enredaba, sino que pegaba; era, en fin, como una red de caza cuyas cuerdas estuvieran untadas de liga.

Todo aquello había salido del seno del animal. La araña es el vil y despreciable monstruo de la codicia miserable, laboriosa, oculta y artera; la imagen de la usura, que hace que el avaro se consuma en afanoso trabajo de ningún provecho para la sociedad, pero que dispone á las víctimas una horrible sorpresa, las sujeta, las devora, y luego se ve condenado al hambre, al problema de segregar de nuevo la traición si quiere comer, y á no comer si no gasta de nuevo las fuerzas todas de la vida en el afanoso deseo y en arteras maquinaciones para proseguir su obra de horror.

Tenía que luchar con un monstruo, que, al propio tiempo que es cruel, es en extremo sensible; cualquier ruido le conmueve; muchas veces el sonido agudo y continuo que produce un *solo* de violín, le hace salir de su escondrijo, dejarse caer por un hilo, hasta acercarse al instrumento. Dicen que es en extremo aficionado á la música.

Y yo recordaba que Mr. C. V. Boys hizo un interesante experimento con el diapasón.

He aquí cómo lo refiere:

«Sonando un diapasón, y tocando con él ligeramente una hoja, ó cualquier otro apoyo de la tela, ó una porción de la misma, encontré que la araña, si estaba en el centro de la tela, viraba en redondo con rapidez para colocarse de frente en la dirección del diapasón y recibir en sus patas anteriores las vibraciones comunicantes de los hilos radiales.

Una vez satisfecha sobre este punto, en seguida tendía sus hilos hasta alcanzar el instrumento

en el punto de unión de dos ó más, cuya dirección determinó como antes, mediante las patas anteriores.

Si no se mueve el diapasón cuando llega á él la araña, parece experimentar el mismo encanto que si tropezara con una mosca, pues lo coge, lo abraza y rodea con sus patas mientras duran las vibraciones del sonido, sin que la experiencia le enseñe que hay otras cosas que pueden zumbiar además de su víctima ordinaria. Cuando incitada una araña, llega al borde de la tela, apartamos el diapasón y luego lo acercamos poco á poco; vigila su presencia y su dirección, y se aproxima cuanto puede en la dirección del sonido. En cierta ocasión cogí una mosca, la sumergí en parafina, la puse en una tela de araña, y atraje este animal tocando la mosca con un diapasón. Cuando la araña pudo convencerse que aquél no era alimento conveniente (es decir, que estaba adulterado) y le abandonó, toqué la mosca de nuevo. Esto produjo el mismo efecto de antes, y tantas veces como la araña trataba de dejar la mosca la retenía yo, acercándole el diapasón. Así logré que la araña comiese una buena parte de la mosca.

Las pocas arañas caseras que he encontrado no parecen apreciar el sonido del diapasón, pues al oírle se ocultan en sus escondrijos como asustadas. De aquí deduzco yo que cuanto se ha dicho respecto á la supuesta afición de las arañas por la música, no tenía otro fundamento sino el de que, al producirse un sonido solo, recibirán en los hilos de su red, tan unidos al cuerpo de la araña, que por ellos llegan á ésta todas, hasta las menores vibraciones, ha de ser porque al sentir las se figuran que las producen el cántico ó los movimientos que por escaparse de la tela hacen los insectos que á ella se ven prendidos; por manera que se conmueven porque el sonido les recuerda el batirse contra la red y el zumbiar de la mosca prisionera; no es amor al divino arte de la música, con el cual Orfeo domesticaba á las fieras; los repugnantes monstruos del pequeño mundo de los articulados y de los insectos son mil veces más feroces que las fieras; es la despierta voracidad lo que les excita cuando llega á ellos un sonido.

Esta suposición, porque no es ni puede ser más que una suposición, la confirma el hecho de que los sonidos sólo las cautivan; pero los sonidos que produce un piano ó una orquesta las amedrenta, porque éstos no pueden parecerse al canto ó al sonido único y continuo que lanza un insecto.

Hasta el hecho mismo de que las arañas caseras no se alteren al oír un sonido, confirma también la suposición, porque claramente se comprende que las arañas caseras, que oyen constan-

temente el ruido de voces, de pasos, del traqueteo de una casa, estén acobardadas y desconfíen.

La araña es feroz, puesto que la hembra devora al macho, y es muy diestra, porque entre otros casos de la inteligencia y destreza de las arañas, se halla el de que cuando por las corrientes de aire ó por otras causas puede el nido desprenderse y romperse, suelen andar su tela, anclándola, por decirlo así, con un hilo á una piedra; átanla á él por un extremo y la dejan caer al suelo: muchas piedrecitas ú otras cosas de algún peso que se ven en las telas de araña no sirven sino para que el aire no las rompa.»

No sabía yo cómo atacar á la araña del rincón, cuando hice un importante descubrimiento: Dios no me abandonaba; era difícil acercarse á la tela de araña sin que ésta no se apercibiese prontamente de ello; así, pues, ¿cuán contento no me pondría al ver por la tabla del armario, metida en una rendija, el arma mejor y de más utilidad que hubiera podido buscarse para atacar al monstruo!

Una lanza, larga y aguda; una magnífica lanza que, á pesar de ser de acero, no me resultaba pesada... Era una hermosa aguja de hacer media.

Sin moverme del sitio en que estaba, podía atacar admirablemente á la araña si manejaba con destreza el arma; atravesaría con ella de parte á parte el cuerpo del animal, enclavando después un extremo en la pared y el otro en el armario; de este modo, fuera la araña, me sería fácil acercarme á ella y cortarle la cabeza ó ponerla fuego; el movimiento tenía que ser pronto y certero, porque de lo contrario huía, en cuyo caso tal vez pudiese encontrársela mi mujer, la cual se asustaría terriblemente, ó quizá se arrojara sobre mí y sería abrazado por el monstruo, como los osos abrazan, ó el *boa constrictor* estruja á sus víctimas; además me chuparía la sangre como el pulpo á su presa.

El momento de prueba llegó: embracé mi lanza, no muy pesada para mí, pero, á la verdad,



difícil de manejar por lo larga. Y, creedme, no penséis que por amor propio refiero este valeroso hecho mío; pero al fin representaba en el pequeño mundo á la raza humana domeñadora de monstruos; nuevo Hércules microscópico, nuevo Cid, asesté al arañón tan recio golpe y con tan certero empuje, que le atravesé de parte á parte, enclavando la punta de la lanza en el fondo de la covacha; aseguré después la otra punta, según había pensado, y el animal quedó preso, batiendo sus largas patas y rebullendo furiosamente en su nido, sin poderse desprender de aquel acero que le sujetaba á mi voluntad; así pude, sacando mi espada, darle tales estocadas en la cabeza, que al fin murió...

¡Hurra! ¡Hurra! ¡Victoria, victoria primera del doctor meñique!

(Se continuará.)

(Continuación.)

Satisfecho me hallaba con mi triunfo, cuando oí la voz de mi mujer. Andaba ésta por el despacho, y la ví á través de los cristales de la puerta de la alcoba ir y venir muy afanada, mirando por todos los rincones y escondrijos, apartando libros, rebuscando en la librería, en las rinconeras, por debajo del brasero y por debajo de las sillas y hasta en la ceniza de la chimenea.

¡Cuánto sentía que mi débil voz no llegase claramente á sus oídos desde el punto en que me hallaba! La hubiese dado cuenta de mi victoria. Además, mi mujer me podría ayudar á descender de lo alto del armario, cosa que no me sería tan fácil hacerlo por mis propias fuerzas, porque, no sólo era arriesgado, sino que me parecía ardua empresa, puesto que

mis fuerzas habían desmayado en toda la ruda y homérica pelea con el monstruo.

—Pero ¿qué buscará mi mujer?—me dije.

¡Qué necio era al hacerme esta pregunta! Ya hubiera yo podido comprender que era á mí á quien buscaba.

—Hormiguillo, mi querido Hormiguillo, ¿dónde estás? ¿qué es de tí? ¡Dios mío, si se habrá caído en la jofaina, si habrá quedado metido dentro de algún cajón! ¡Oh, qué sospecha más terrible!... ¿Habrá devorado el gato á mi marido? Pero no, no puede ser; dejé yo bien cerrada la puerta... Estará tal vez en la papelería...

En esto penetraron mis hijos, que se iban al Colegio.

—¿Qué buscas, mamá?—dijo la niña.

—Dejadme, salid...—contestó con acento de impaciencia mi mujer.

—Bien, mamá, nos iremos... Pero si buscaras algo que te interese encontrar... nosotros podríamos ayudarte—dijo el niño.

—¿Qué buscas, mamita? Dínoslo.

—¡Busco á papá!...—exclamó con acento doloroso é inadvertidamente mi mujer, á quien la pena de no hallarme la perturbaba el juicio...

—¿Que buscas á papá?... ¿Pues no nos dijiste que estaba en París?... Además, ¿va á estar papá dentro de la caja de plumas?—añadió la niña.

Y ella y su hermano se quedaron mirando con expresión de profunda tristeza á su madre. Pensaban, sin duda, que ésta había perdido la razón.

—Busco á papá, claramente, porque busco su retrato...

—Es inútil, mamá mía... Nosotros hemos entrado aquí, porque hace más de un mes que mi hermano y yo estamos asustados al verte tan preocupada pasar las horas encerrada en este despacho. Te vemos mil veces hacer cosas que nos parecen incomprensibles...

—¿Qué decís?—replicó mi mujer, sin cesar de ir y venir, y mirar por todos los rincones...

—Que papá se ha marchado y no tenemos noticias de él, y tememos que hayas perdido la razón—dijo el niño.

Entonces mi niña añadió que les había alarmado el averiguar que se encerraba mi mujer en el despacho, sin duda para jugar á las muñecas, porque la habían visto llevar comiditas en los platitos y en las fuentes de juguete... Se referían, sin saberlo, á mi comida.

En esto, haciendo un esfuerzo supremo, dí un grito que se asemejó sobre poco más ó menos al chillido de un ratón. No quería ya tener oculto mi secreto...

—¡Ah, aquí está papá!—exclamó involuntaria-



mente mi mujer, sin pensar, embriagada por el gozo, que todo lo iba á descubrir con sus palabras.

Dirigióse á la alcoba, y al fin me vió.

—¿Estas ahí, pobrecito mío? Pero ¿cómo has podido subirte á esa altura? Espérate, espérate, que yo te ayudaré á bajar.

Tomó una silla, subióse en ella, y alargando el brazo derecho, puso la palma de la mano extendida al borde mismo de la cornisa del armario; y yo, dando un saltito, bajé á posarme en ella como un pajarillo; y abrazándome, como de costumbre, á uno de los dedos de aquella querida mano salvadora, le besé repetidas veces en la yema.



Por cierto que me causó su contacto una extraña impresión: aquel dedo ardía. Como desde que era pequeñito, el calor de mi cuerpo había disminuído, era más sensible á él; y como mi mujer había pasado tan gran susto, creyendo que yo me había perdido, estaba un poco calenturienta.

—¡Jesús, qué muñeco más bonito!—exclamó mi hija al verme.

Entonces hubo de comprender mi esposa que había cometido una imprudencia, y que era imposible guardar el secreto á los niños, que por cierto aparecían gigantes á mis ojos.

Mi hija se volvió loca de contento, y dijo que desde aquel momento se dedicaría á mi cuidado.

—Ya verás, pobrecito papá mío, cómo te cuida tu niña—me dijo.

Mi niño también se comprometió con entusiasmo á guardarme de todo peligro y á ayudarme en mis investigaciones científicas. No salían ambos de su asombro; pero creo que habían acogido con demasiada alegría á su papá homeopático... Y es que los niños todo lo toman á juego.

Cierto que á ellos también los engañé, diciéndoles que estaba así por mi capricho, y que podría tornar cuando bien quisiera á mi antigua manera de ser. Les recomendé muy severamente el secreto, exponiéndoles los peligros en que podría ver-

me si las gentes extrañas llegaban á saber mi prodigiosa transformación en hombrecillo de Lilliput.

A la verdad, no tuve que arrepentirme de mi confianza; mi niña me cuidaba con un celo excesivo, y mi hijo estaba siempre alerta en servicio mío y para mi seguridad.

—¿Cuándo comienzas tus estudios, querido papá?

—Mañana mismo - le dije.

Seguidamente le hice algunos encargos para el relojero nuestro, el cual habría de hacerme ciertas herramientas y aparatos diminutos, necesarios para llevar á cabo mi empresa: estudiar á las hormigas.

Mi niña me subió á la jaula del pájaro, y yo me bañé en el vasito de nuestro canario. Mucho nos reímos ante el miedo que le produjo; pero también corrí el peligro de que se lanzase á mí y me atravesara el cráneo con su enorme pico. Referí aquella noche á mi mujer y mis hijos mi heroica aventura de la muerte de la araña... y no la comprendieron... ¡Tal es la injusticia de los grandes con los pequeños! No aciertan á explicarse ni sus esfuerzos ni mucho menos el mérito de sus heroicos triunfos. Y, por fin, me acosté en la camita, dando gracias á Dios, que no me abandonaba á los rigores de mi desgracia. Cerró la niña mía los balcones, puertas y ventanas de mi hotel, y colocó el canario en sitio seguro, donde no pudiera llegar el gato.

A la mañana siguiente me desperté en la mano de mi hija, sintiendo el suave calor y el contacto de sus labios: un beso cariñosísimo que me cogía todo el cuerpo... ¡Dulcísima caricia!



IV.

Llegué, por fin, al comienzo de mi arriesgado viaje, al país de las hormigas; estudié antes el plano de mi jardín; dispuse que el niño colocase sus barcos en el estanque, puentes en los regajales y carruajes para ir cómodamente á donde me fuera necesario.

Contábamos con un bric-barca, que un año antes había yo regalado á mi hijo, entre varios otros juguetes, y con un vapor de verdad, esto es, que se movía por los émbolos de una máquina de vapor de agua en caldera caldeada por una lamparilla de espíritu de vino.

¡Qué peligro podría yo correr ayudado por dos

dioses, cuando menos por dos titanes, que esto resultaban al fin y al cabo para mí, y los trabajos que iban á emprender, mis dos hijos.

Teníamos dos camiones de juguete, un precioso landó y un cañoncito de bronce, que habrían de serme muy útiles.

Así, pues, una vez que me bajaron al jardín, me metí en el landó, que rodaba admirablemente, tirando mi hijo del vehículo con un bramante; me

boticario... un perro ratonero de gran olfato y cubierto de espesas lanas.

¡Qué bocaza más espantosa! ¡Qué colmillos, casi como la mitad de mi cuerpo! Con una de sus patas podría tropezar y volcar el carruaje, y puede que intentara devorarme después.

Me escondí despavorido; oí los feroces ladridos del animal, y luego cayó sobre el carruaje un chaparrón, entró el agua dentro y me ví mojado... Aquello olía muy mal... El perro se había acercado al landó, y alzando la pata...

¡Dios mío, qué humillación y qué asco para mí!

Vale más olvidar esto; mi hija me recogió; mi hijo, á puntapiés, echó del jardín al perro, y yo, lavado y perfumado por mi niña, volví al jardín.

—Oídme, hijos míos—dije á los niños;—yo me veo en una envidiable condición: mis oídos son tan finos, que oigo como no podía oír cuando tenía que valerme del micrófono, y veo como no veía cuando para ello necesitaba el microscopio; puedo, en fin, descubrir verdaderamente el mundo de los insectos. Empezaremos por el gran pueblo de las hormigas, del cual se cuentan cosas que asombran; veremos hasta qué punto se guían por la inteligencia ó el instinto, si bien estos términos no son más que grados de un mismo fenómeno;



ví hecho un gran señor en lujoso tren de paseo. Sin embargo, pensaba cazar dos ratones, adiestrarlos, y que me sirviesen de buenos caballos, para quitar á mi niño tal trabajo.

Sucedió entonces un fracaso, que me fué muy sensible: mi hijo y mi hija iban provistos cada uno de una gran lupa ó lente para verme bien el rostro y para que no se les escapasen los detalles de las aventuras que yo acometía... Se me ocurrió decir á mi hijo que buscara el galápago del jardín... No hubiera querido encontrármelo. Yo esperaba en el carruaje hasta que ellos volviesen.

Así lo hicieron, y yo, picando un cuasi invisible pedacito de tabaco, me hice un cigarrillo y me puse tranquilamente á fumar, admirando aquella entonces para mí portentosa vegetación... ¡Oh, qué asombroso espectáculo el que se me ofrecía á los ojos! Las más pequeñas florecillas surgían tan altas á mi vista como las plantas tropicales de mayor grandeza! Así admiré una margarita grande como mi cabeza; había una planta de pensamientos que se alzaba de modo que me parecía una palmera; ví en las corolas de muchas flores muchedumbre de preciosos pulgoncillos... y sobre algunas, zumbando con estruendo, revoloteaba un animal enorme y temible, una avispa.

En esto se me ocurrió sacar la cabeza por la portezuela del coche, y me llené de espanto; venía hacia mí un animal que era en aquel momento cien veces mayor que un elefante lo hubiera sido cuando yo tenía la estatura de casi todos los hombres... Un perrillo faldero de mi vecino el



veremos si lo que se dice de sus costumbres, de su gobierno y de su sociedad, es cierto, y en nada nos habrá de mentir la naturaleza... Y si sabéis después exponer experimentalmente los hechos, os creerán.

—En todo menos en una sola cosa podrán creer nos—dijo mi niño.

—Veamos en qué.

—En que te halles tú, querido papá, tan achicado, que no tengas más talla que la altura de un dedo meñique.

—Bueno, importa poco—repliqué—esto de que crean ó no lo extraordinario de mi situación;—aunque la tomasen por una fantasía, poco importa á la verdad de lo que diga yo después de los insectos.

—Ciertamente; pero para eso casi sería mejor que no dijases nada respecto á lo que te acontece, porque pudiera ser que, con decirlo, pusieran en tela de juicio todo lo demás.

—Vaya, hijo mío, no perdamos el tiempo—dije.—¿Has encontrado el hormiguero? Llévame á él.

—Hallé dos hormigueros: uno de unas hormigas negras que van formando un camino, y unas tras de otras, hasta el cuadro donde está el trigo y la cebada que tú sembraste; y otro hormiguero donde no hay camino alguno, y entran y salen las hormigas por todas partes, yéndose cada una por su lado y donde le parezca.

—Veremos, pues, cómo se orientan, es decir, cómo elucan su sentido de orientación las hormigas—contesté.

He aquí nuestro plan: los niños me seguirían dispuestos á acudir en mi socorro no bien hiciese yo alguna señal; yo iría delante. Y, en efecto, me colocaron en el suelo, y me dirigí á pie hacia las inmediaciones de uno de los hormigueros.

Pronto descubrí el animalo rebullir de aquellos animales por los alrededores de la entrada de su nido. Eran de las llamadas hormigas de los céspedes ó hierba.

Ya, cuando iba á aproximarme, descubrí una que fué acercándose á pasar por mi lado. Yo me oculté, y pude verla á mi gusto.

Se hallaba cubierta como de una corteza dura, brillante como el hule, de color moreno negruzco. Las antenas, ó sean los cuernecillos que llevan en su cabeza, algo más transparentes; mandíbulas fuertes y ojos pequeños; tienen á los lados de la cabeza dos grandes ojos reticulares, y en el vértice otros tres pequeñitos y dispuestos en forma triangular; tenía bajo las mandíbulas inferiores las barbillas, y en las mandíbulas, muy pequeñas y terminadas en punta, de lo cual deduje que aquella hormiga era un macho, algunos pelos.

(Se continuará.)

(Continuación.)

Las mandíbulas, las terribles mandíbulas, que así de arma como de instrumento les sirven admirablemente, cerradas para empujar lo que se les resista; abiertas para aprehender, cortar y serrar.

Si aquel animal me acometiera,



podía encomendarme á Dios; no hay idea entre vosotros los gigantes (claramente se ve que me refero á los que tenéis una estatura regular) de lo que es una hormiga armada con las terribles mandíbulas, fuertes como tenazas.

Huber, hablando de lo que Fabricius había dicho de la lengua de las hormigas, dice que cuando éstas beben, se ve salir de entre sus mandíbulas inferiores un pequeño pezón cónico.

Las mandíbulas son anchas en su extremidad. De enmedio de su parte externa sale una barbilla de seis anillos: se ven también otros dos en la lengua, y, según pude yo observar las veces que ví alimentarse á las hormigas, creo yo que todo esto les ha de servir para el gusto, y para tomar, como lo hacen, cual si lamiesen, las substancias de que se nutren.

Las antenas son los medios táctiles, y algunos naturalistas aseguran que en ellas reside también el sentido del olfato... No ha sido fácil comprobarlo... porque no pudiéndome hacer entender de ellas, no me lo habían de revelar; y así, pues, lo

único que sé es aquello de que hice observación.

Las patas de la hormiga tienen tres partes: el muslo, la pierna y el pie ó tarso; están provistas de espolón, con el cual se agarran y prenden fuertemente en sus luchas, y tienen en las extremidades unos pelillos, la brocha con la que hacen su *toilette* ó limpieza del cuerpo, cabeza, abdomen, y sobre todo, y con extremo cuidado, las antenas.

Su vientre es grueso y está formado de anillos, y cuando han comido mucho, se ven separados estos anillos... es decir, tienen la tripa llena las hormigas. Si están muy juntos... mala señal.

Apoyado en un palito que me servía de bastón, anduve por la hierba, aproximándome, no sin tomar, como es consiguiente, las mayores precauciones... ¡Pobre de mí si se prendía á mi cuerpo con sus terribles tenazas alguna hormiga!

Mis hijos no podían comprender desde luego el peligro que yo corría.

Al llegar junto al hormiguero, produje un trastorno y una confusión generales: no ví ante mis ojos sino miles de cuernecillos que se alzaban amenazadores; una de aquellas antenas llegó á mí, palpándome cuerpo, cabeza, hombros, todo. El individuo que así me examinaba, á no mucha distancia de mí, era una hormiga obrera; ví que la antena era flexible y que palpaba con delicadeza. Era, sin duda, mano y nariz al propio tiempo, azulada y de cierta transparencia córnea.

¡Si vierais qué espanto da verse ante aquellos animales armados, que parecen como con una máscara de hierro, capacete á la vez, ojos que miran con fijeza y antenas sensibles que todo lo tocan y examinan, y, sobre todo, aquellas mandíbulas amenazadoras!...

Oíase un ruido como el de una fábrica ó el de un almacén de aduana; aquí y allá arrastre de granos, de hojas, de flores. Una, entre sus mandíbulas, llevaba un pedacito de raíz; otra, un grano de trigo; aquélla, un madero de obra; la otra, un gusano muerto. Ví dos ó tres que traían en filamentos vegetales pulgoncillos con que aumentar

sin duda el rebaño del hormiguero; y en esta muchedumbre que iba y venía, salía y entraba, la confusión consiguiente; á veces, atropellándose, querían introducir á la vez sus cargas, pero bien pronto retrocedían, esperando á que se ordenase la fila.

Con tal trabajo de importación se unía el de los operarios, que hacían, sin duda, alguna obra importante en el hormiguero, porque no cesaban de sacar continuamente piedras y tierra que verían fuera de la entrada.

De la otra parte veía yo el camino real, por el que iban los rebuscadores, y volvían los que ya habían hallado carga que traer; algunas hormigas parecía que sólo andaban por la senda para acabar de allanarla; así que ó pasaban y repasaban sin objeto, ó volvían con cosas de poco valer. Entre tales hormigas, había algunas hembras y machos, muy pocas obreras, porque las obreras no gastaban su tiempo en trabajos de poca importancia.

—Hijos míos—dije á mis niños, valiéndome del aparatito telefónico que con su pila y micrófono llevábamos,—estas hormigas son laboriosas, viven del trabajo; para orientarse, les basta ir unas tras de otras; y si acaso se separan, no será mucho ciertamente, pues se guían por el olfato... Veré de separarme, porque lo que á vuestros ojos es trivial y pequeño, á los míos, que soy á mi vez chiquito, aparece enorme, y tal vez, porque aún conservo la necia vanidad de hombre, no lo vea en toda su grandeza. Estoy como podríais estar vosotros al veros cerca de una madriguera de pequeñas onzas, que fuesen astutas como monos, y armadas de unos cuchillos tenazas, como espadas de abordaje, y además tenaces como el hombre mismo... Haré por apartarme un poco. ¡Por Dios, no me abandonéis, vosotros que sois grandes, y que con la suela de vuestro zapato podríais aplastar millares de hormigas!... En este agujero habrá más de quince mil hormigas.

La que con sus antenas me había tocado, hubo de dar la vuelta sin hacerme gran caso, y había desaparecido por la puerta del hormiguero.

¡Qué olor se percibía! Un olor fuerte, como el de algunas materias de botica; era el olor del ácido fórmico.

—No perdamos nuestro tiempo—dijo el niño.—¿Qué deseas, papá?

—Deseo que te convenzas y me convenza yo acerca de las experiencias hechas hasta el día sobre los sentidos, la inteligencia y las costumbres de éstos maravillosos insectos. Estudiemos primero lo que se denomina sentido de orientación.

—Tú dirás, papá.

En esto sentí que me tocaban á la vez por todas

partes, y quedé helado de espanto al ver que eran varias antenas correspondientes á unas hormigas que se hallaban tras de mí.

No cabía duda alguna: la hormiga que primeramente me había examinado, se había metido en el hormiguero á llevar el cuento; acostumbraban á hacerlo. ¿Habría llamado á hormigas de la policía? ¿Eran hormigas amigas? ¿Por qué se había valido de las que estaban en el hormiguero y no de las que se hallaban cerca de ella cuando me examinaba?

No lo sé; tal vez habría ido á buscar compañeras que estuviesen desocupadas en aquel momento, y las dijese por el tacto de las antenas:

—Compañeras, cerca del hormiguero hay carne fresca.

—¿Qué nos cuentas!

—Lo que habéis oído.

—¿Alguna lombricilla?

—Nada, algo mejor, creedme.

—¿Vaya! Siempre se tratará de algún ratón; ¿tendremos que vérnoslas con los necróforos ó enterradores en danza?

—Nada de eso.

—Me alegro, porque esos coleópteros quieren depositar sus huevos en carne muerta, para que sus hijos, al nacer, hallen manducatoria.

—Se trata de carne fresca, es decir, de un animal vivo.

—Vamos allá.

—De carne humana—añadiría la hormiga.

—¿Cómo! ¿Te figuras que será posible á unas cuantas atacar al hombre? Tú tienes las antenas á componer.

—Admiraos y no perdamos tiempo charlando; se trata de un hombrecillo no mayor que un saltamontes.

—¡Magnífico descubrimiento!—dirían las demás.—Y saldrían en mi busca, dispuestas á matarme á dentelladas y á repartirse después en piltrafas mi cadáver.

Pronto comprendió mi hijo, que desde la altura y con su lupa veía la escena; y enfocando el cristal de aumento, de modo que en su centro se condensasen los rayos solares, lanzó el rayo sobre mis perseguidores, que huyeron llenos de espanto al sentir aquel fuego abrasador...

—¡Oh, hijo mío! ¿Eres Júpiter que vela por mí? Has ideado un magnífico medio de defensa; así podré abrirme paso entre ese pueblo de hormigas; pero cuida de no tocarme con el foco luminoso... porque ahora, al pasar rápidamente sobre mi cabeza, me has chamuscado el pelo.

Y así era la verdad.

Volviendo, pues, á nuestro intento de estudiar



experimentalmente el sentido de orientación, es decir, de estudiar por la experiencia el modo que las hormigas tengan de ir á donde quieran y no perderse, y de acertar á volver á su hormiguero, dije á mis hijos que aquella diferencia que habían advertido entre las hormigas del hormiguero en que nos hallábamos y las del otro que ellos habían visto, es decir, entre las rojas y las negras, se comprendería por el trabajo que iba á proponerles á los dos.

Primero les hice que pasasen y repasasen varias veces los dedos por el camino que seguían las hormigas del hormiguero junto al que nos hallábamos.

Y así fué que, cuando esto se hizo, pudieron mis hijos observar, y vosotros los habréis observado también, ó podréis observarlo, que las hormigas que llegan y las que van, pierden camino, se detienen, retroceden, vuelven, palpan, y al poco tiempo la senda está interrumpida, y en uno y otro lado se forman dos grupos en que, estancándose las que por ambas partes van llegando, se produce como un remolino de hormigas.

Así las hormigas que llegan de A y las que vienen de B se detienen, aquéllas en C y éstas en D. Dejan el espacio de solución de continuidad por ambas partes.

Hicieron, en efecto, mis hijos la experiencia referida, y se produjo el resultado ya dicho.

Se ve, pues, que aquellas hormigas se guían principalmente por el olfato, y cuando algo modifica ó perturba el olor que todas tienen, y que unas á otras guía en cordón... pierden la senda ó se desorientan por completo.

Al fin hay alguna hormiga que restablece la procesión, y luego tornan todas á continuar en su ir y venir por el camino real. ¿Cómo, pues, se orientan las rojas?

Hay quien se ha atrevido á decir que como éstas, que son ladronas y sanguinarias, y además corren rapidísimamente, andan por un determina-

do espacio más ó menos extenso, y tanto le pasan y cruzan, que aciertan por casualidad, que no lo descubren con intencionada dirección. Pero esto les haría estar de continuo rectificando la dirección que llevaran. Además, se sabe que las hormigas, no sólo por el olfato, sino que también por la vista, aciertan á orientarse; así lo comprobó una graciosa experiencia realizada por Lubbok. Colocó entre un hormiguero y un montón de provisiones por él dispuesto una sombrerera de 12 pulgadas de diámetro por 7 de altura, de modo que las hormigas tenían forzosamente que entrar por un agujero y salir por otro de los practicados por Lubbok en la sombrerera, si querían apoderarse de las provisiones. La sombrerera estaba fija por un eje, y podía girar, y, en efecto, giraba cuando, hallándose alguna hormiga dentro, trataba de desorientarla; pero como la sombrerera no estaba tapada, la hormiga se volvía sin caer en el engaño, y emprendía de nuevo la verdadera dirección, porque observaba la de la luz que á ella llegaba... es decir, que su vista la servía en aquel caso.

Mi hijo fué el encargado de levantar el hormiguero de las rojas; me cogió, y metiéndome en el bolsillo del chalco, de modo que me quedé asomado á él como á un balcón, me llevó al hormiguero referido.

Allí era necesario andarse con más cuidado: la roja es sanguinaria, su paso rápido, sus ataques bruscos, llevan el abdomen un poco levantado por el extremo inferior, lo cual les facilita la marcha.

Cuando mi hijo me puso en el suelo, me dirigí al hormiguero: la entrada no era muy grande... ¡pero qué diferencia existía entre el hormiguero de las rojas y el del pradezuelo! En éste reinaba la animación propia de un pueblo laborioso, que vive del trabajo activo y honrado; y en el hormiguero que estaba á mi vista ni un ruido, ni la más pequeña señal de aquella vida poderosa y de aquella infatigable diligencia; era la entrada de una cueva de sanguinarios bandidos; salían ciegos al pillaje, y tornaban á esconder rápidamente sus presas.

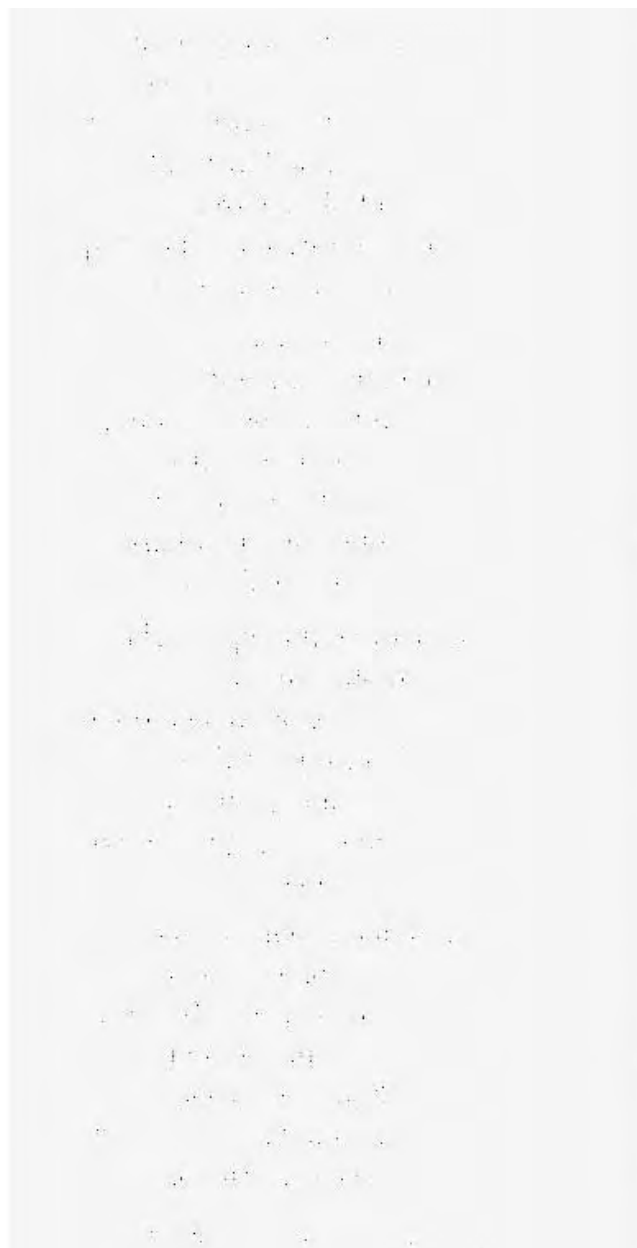
Pronto el pico que mi hijo manejaba cayó sobre el terreno, agrietóse éste, y yo caí derribado, y eso que me hallaba á respetable distancia; pero el golpe había conmovido el suelo más de medio metro, produciendo un pequeño terremoto; pronto el hormiguero quedó descubierto, y yo tuve que huir despavorido ante los centenares de furias que, mandíbula abierta, salían, descando atacar al enemigo que así destruía su cueva; mi hija iba recogiendo hormigas, y metiéndolas, según yo se lo había advertido, en un gran frasco de cristal; para ello no hacía más que poner junto á ellas una larga barrita de hierro, subían por ella las

hormigas, y luego, batiendo la niña el hierrecito contra los bordes del frasco, las hacía caer en el fondo; así en breve se cogió un considerable número de estos insectos.

Cogióme mi hijo por la cintura, por el pulgar y el de su mano derecha y nos fuimos al otro extremo del jardín; allí había yo encargado que se preparara un hoyito de metro y medio de circunferencia y perfectamente plano en su fondo, y sólo rebajado el terreno como pulgada y media; allí vaciaron el frasco, y todas las hormigas cayeron revueltas en el centro; estaban furiosas y aterradas al propio tiempo; en un principio se paraban para volver á reunirse, y luego, marchándose en varias direcciones, buscaron sin duda el modo de volver á su hormiguero.

Algunas salvaron la altura y se perdieron por el césped; otras no cesaban de dar vueltas alrededor de la plazoleta ó en el término de ésta, y al cabo de un cuarto de hora tanto se habían dispersado, que se las veía desparramadas fuera del hoyito; algunas seguían avanzando, otras retrocedían para escoger sin duda mejor camino. Todas, poniendo en juego sus antenas, palpaban la tierra, las piedrecitas, las briznas de hierba, cual si practicasen algún reconocimiento, á fin de orientarse con fundamento y hallar la dirección de su hormiguero.

(Se continuará.)



(Continuación.)

Algunas enderezaban sus antenas, moviéndolas de un modo que á mí siempre me ha hecho creer que deben por ellas olfatear en el espacio ó buscar el rastro odorífico que pueda guiarlas.

Al cabo de dos horas, aunque proseguían en sus esfuerzos por hallar camino, se las veía aquí y acullá caminar con lentitud; eran más las que retrocedían hacia el hoyito que las que pretendían aventurarse á proseguir su viaje; ví á muchas que



se encontraban, deteniéndose una frente á otra, tocándose con las antenas el cuerpo y luego floretear con ellas, que éste es, sin duda alguna, su lenguaje, y al fin, en el centro de la plazoleta, vimos muchas que, desesperanzadas por el mal éxito de su tentativa, habían vuelto al punto de donde todas se habían separado; deseaban sin duda reunirse, desistir del empeño de tornar al hormiguero y decidirse á tomar otras medidas de salvación. ¡Proscriptos que se asociaban y que tal vez fundasen una nueva república!

Cuatro horas después, habiendo hecho mi niño con un largo punzón un profundo agujero en la tierra á uno de los lados de la plazoleta, una hormiga lo descubrió; tanteó primero los bordes de la entrada, atrevióse á bajar por la galería hasta el fondo, no sin muchas precauciones; salió, habló con una, luego con otra y varias compañeras, y, por último, de aquel consejo ó senado resultó esto, que yo pude interpretar:

—No pensemos en volver á nuestro hormiguero; será inútil cuanto intentemos hacer; quedémonos aquí; he descubierto una magnífica galería, donde se puede hacer un buen hormiguero y donde por de pronto podremos refugiarnos.

—Sea; si es la guarida de algún animal—dijo una de las hormigas,—cuando vuelva, huiré prontamente, ó, de lo contrario, le destrozaremos con nuestras mandíbulas y nos repartiremos su cuerpo.

—¡Bravo, bravo!—dijeron otras.

—¡El tiempo es trigo, no hay que perderlo! Vamos á encargarnos de ir buscando á todas las compañeras que andan por ahí perdidas, y traigámoslas al hormiguero.

Así debieron acordarlo, porque pronto vimos que cada uno de los individuos de aquel grave senado marcharon en distintas direcciones, y luego empezó el más admirable trabajo. Las hormigas del senado, no bien tropezaban con alguna de las que se habían perdido, hablábanla con las antenas, como si la dijeran:

—¿Dónde vas?—decía la senadora.

—Estoy perdida, es inútil, ya no volveremos á nuestro hormiguero. ¡Qué extraño suceso! Hemos sido esclavizadas por algún genio maléfico.

—Déjate de lamentaciones y de filosofías; préndete por la mandíbula á la mía, recoge el cuerpo de modo que pueda llevarte en vilo, porque estamos de prisa, y deja que te conduzca al punto en que vamos á establecer un nuevo hormiguero. El país, como habrás visto, no ha de ser malo; habrá caza y grano.

Así lo hacían; prendidas las extraviadas á la



mandíbula de las otras, eran por éstas conducidas prestamente al agujerito que mi hijo había hecho en la plazoleta con el punzón.

Entraban con ellas, dejábanlas allí hasta que las veían salir y andar por sí mismas alrededor del hormiguero, palpando la tierra con las antenitas, como haciéndose cargo del sitio, y luego las senadoras volvían á cargar con ellas sobre las mandíbulas, y con ellas entraban, salían en el hormiguero, daban vueltas en torno de él, y se alejaban á grandes distancias para tornar y volver, cual si las estuvieran aleccionando en el conocimiento del país, para que se pudiesen orientar después. Este experimento le hemos repetido muchas veces, dándonos siempre el propio resultado.

Sabíamos, por lo tanto, que educaban las rojas su sentido de orientación de un modo bien digno de ser admirado y que supone en la hormiga un gran desarrollo de lo que llama Romanés insecto-memoria, porque por la repetición de las mismas impresiones intentaban fijar el conocimiento para que no les fuese difícil ir y venir rápidamente al hormiguero y realizar sus operaciones de rapacidad y de caza por todo aquel espacio que les era desconocido.

V.

A la mañana siguiente quise darme un largo paseo por el lago, es decir, por la superficie del estanque ó pila de la gran fuente de mi jardín, y mi hijo me embarcó en el brik-barca. Hacía buen viento; el brik-barca estaba lastrado con unos cuantos saquitos de tierra, y entre mi hijo y yo equilibramos el peso del modo que él nunca había podido conseguir, y pudimos entonces ver cuán ad-

mirable es la asociación de los pequeños y de los grandes para el trabajo, por modo que las poderosas fuerzas de los elementos, así como el al parecer insignificante trabajo de los pólipos, modifican el mundo.

El paseo resultó delicioso para mí.

El brik-barca se inclinó ligeramente; sus velas, de un fino tejido, se hincharon, y yo, llevando el timón, dirigí el movimiento de mi buque.

Enormes pescados pasaban al lado y por debajo de la embarcación; aquellos pececillos de colores resultaban para mí como grandes cetáceos, pero de una belleza extraordinaria, porque sus rojas y doradas escamas lanzaban reflejos brillantes, verdaderamente deslumbradores. Ví, además, multitud variadísimas de animalillos desconocidos hasta entonces para mí, y que os he de describir á su tiempo, porque no es prudente que arme yo confusión hablando de todo á la vez, y no habréis olvidado que empecé á ocuparme de las hormigas.

—Esta tarde—dije á mi hijo—me resuelvo á penetrar por fin en mi hormiguero; he tomado mis precauciones, y nada habrá de sucederme; sabré resistirlas y librarme de sus fieros ataques.

—¿Qué has hecho?

—Ya lo verás—repliqué, porque, en efecto, toda la noche había estado preparándome para la grande aventura.

—¡Por Dios, papá, mira lo que haces; sería espantosa tu muerte... y hasta de tu glorioso sacrificio habría de reirse la necedad de los hombres! ¿Se podría recibir en serio esta noticia: «Al doctor Hormiguillo le han devorado las hormigas?» ¿Podría nadie comprender los horrorosos sufrimientos de que fueras objeto? Y además, ¿cómo habrán de pasar á la posteridad tus observaciones si mueres en el fondo del hormiguero?

Yo seguía encantado en mi buque, con el teléfono microfónico al oído y oyendo á mi hijo, porque por el alambre seguía el niño tras el barco y



en torno de la fuente. Cascadas admirables que caían desde una elevadísima altura, eran los cuatro caños de las fuentes que producían un ruido atronador. Al pasar el brik-barca cerca de ellos, el balanceo era terrible, y si hubiera durado mucho, seguramente me hubiese acometido algún trastorno, el mal de mar, en el estanque.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó mi mujer, que se había asomado á la ventana del comedor que daba al jardín;—se va á ahogar papá; no le puedo dejar en vuestras manos.

Tuvimos que suspender la navegación; llegó mi hija á buscarme; me puso en su mano, como podía haber cogido á un pajarito, y comenzó, cual acostumbraba, á dirigirme palabras y expresiones de cariño, que yo, á la verdad, oía delectadísimo y besándole los dedos apasionadamente y con vehemencia.

Por mis hijos no debería nunca salir de mi condición de enanito meñique. ¡Ay! Desgraciadamente, aunque lo hubiera deseado, me habría sido imposible. Mi hija gozaba en poderme cuidar como á un muñequito, amándome con delirio, y mi hijo se sentía satisfecho al verse tan superior en todo á su padre; á veces el muy tontín creía saber más que yo, y hasta pretendió darme algunas lecciones... Pero bien pronto le demostraba que con la instrucción y la inteligencia se tienen energías superiores á las de los gigantes.

Tristemente comprendía yo que el hombre es vano y se figura que el mundo, que por lo pequeño no está al alcance de su vista, es despreciable y baladí. ¡Y vive Dios que está lleno de portentosas maravillas!

Sirviómeme mi hijo el almuerzo; comí poco; me



hallaba preocupado. Verdaderamente, mi intento resultaba atrevidísimo, casi inaudito.

Para penetrar en un hormiguero, era necesario ir armado y acorazado y llevar armas explosivas y armas cortantes. Teníalas, en verdad, y conociendo, cual conocía, la anatomía de los insectos, me era fácil, al herirlos, hacerlo como el hábil trinchador, aprovechando los juegos de la articulación.

¡Pero qué finísima cota de malla necesitaría para cubrirme con ella! La hallé; hallé un precioso bolsillo de plata, y en él una rica cota hecha del referido metal; con ello hice mi traje, que resultó admirable; aproveché un cubilete de metal de mi tabaquera para hacerme un casco, y no fué cosa la admiración que á mi hijo le produjo el verme convertido en caballero.

Era verdaderamente un paladín de los que son tan celebrados en los cuentos azules y en las antiguas mitologías, y aun en las leyendas de los libros con que dió al traste el genio colosal de Cervantes, maestro inmortal del habla castellana.

Había hecho mi saquito de provisiones, preparado mis herramientas, y encomendándome á Dios y á mi dama y señora, dije á mi hijo que estaba dispuesto á probarle hasta qué grado llegaba en mi cuerpecillo el valor de mi alma de gigante.

Y el niño me miró con grandes ojos de asombro.

Por lo demás, mi hijo hubo de encontrarme muy lindo.

—Estás muy remonísimo, papá; pareces uno de los guerreros que hay en los candelabros de la sala—me dijo.

(Se continuará.)



(Continuación.)



Asaltóme de pronto una idea, y mirando á mi hijo, me quité el pesado casco y exclamé:

—Antes convendría que nosotros hablásemos por un momento.

—¿De qué, papá?—preguntó mi hijo.

Voy á decírtelo; se me ocurre preguntaros ¿cómo habéis de poder ayudarme en mi empresa, si os es desconocida la verdadera naturaleza de los insectos, y no sabéis hacer uso conveniente del manejo de los

instrumentos de caza entomológica? Claro es que no os podré dar en breve tiempo un curso de entomología. ¿Pero podremos emprender nuestras aventuras sin que antes os informe de lo más elemental, y os hable de lo que es rigurosamente necesario conocer para dar comienzo á la campaña científica, en la cual, tan poderoso auxilio váis á prestarme? Así, pues, sentaos, estad atentos á mis palabras:

—¿Vas á darnos una conferencia, papá?—preguntó Carmela.

—Sí, voy á entablar ahora mismo con vosotros una conversación científica; tomad los auriculares telefónicos para oirme y las lupas para que no perdáis ni un gesto, ni un ademán, ni una palabra de

los que emplee en mi discurso. Cuando no estáis al aparato telefónico, me obligáis á gritar de un modo que me destroza el pulmón.

—Mira, papá—exclamó Carmela;—te colocarás en el veladorcillo de la sala, que es pequeño, y así estaremos muy cerca de tí; yo haré que cómodamente sentado puedas hablarnos sin molestia alguna.

Mi hijo me cogió y me puso encima de la lisa, brillante y barnizada tabla del velador, y ocurrió entonces un caso muy extraño y fué que pude patinar por aquella tersa superficie como por cima del hielo. Carmela llegó á los pocos momentos con una almohadilla de raso grana, blanda y olorosa; era un perfumador de la cajita de pañuelos de mi mujer, en el que me senté con sumo gozo.



—Niños míos—dije:—por desgracia en España no os enseñan todavía á estudiar por el primero y nobilísimo interés de saber, sino que les basta á los Maestros que aprendáis las preguntas de un programa y que salgáis con fortuna de la prueba de un examen, el cual generalmente se circunscribe á apreciar vuestra buena ó mala memoria. Pero ahora el conocimiento de la naturaleza y de la vida

de los insectos os le impone la necesidad de ayudarme, de ayudar á vuestro padre, que por vosotros se ha achicado reduciéndose á la talla que véis. Así como casi todos los padres que aman verdaderamente á sus hijos se deciden á estudiar con ellos, á preocuparse con las dudas que á ellos les asaltan, á vivir como niños para, por un lenguaje sencillo y un discurso claro, más el afecto tierno y la confianza que de esto resultan, conseguir dulce, segura y prestamente los frutos de la



educación. No voy á abrumar vuestra inteligencia con muchos nombres técnicos que no podríais retener no comprendiéndolos, ni á proponeros tal cúmulo de minuciosidades, que os fuera imposible apreciarlos en breve tiempo y sin tener delante los objetos á que se refieren. Tan sólo os voy á dar una idea muy elemental de los caracteres que diferencian á los insectos, y luego algunas reglas para el uso de los instrumentos de caza. Los insectos reciben este nombre porque están formados de partes ó secciones; estas partes se hallan defendidas por articulaciones, ó sea por anillos que unidos unos á otros, protegen el cuerpo del animal, el dermo esqueleto ó esqueleto exterior. Dermis quiere decir piel. En algunos este esqueleto es consistente y de una gran dureza. Parece que se ven defendidos para las rudas faenas del trabajo y para los peligros de la guerra; y he aquí que yo al vestir esta cota de malla hecha del bolsillito, tanto me asemejo á un príncipe guerrero antiguo, como á un diminuto escarabajo. Los insectos son, pues, comprendidos por sus tres partes: cabeza, torax y abdomen; la primera es la más importante y por mí la más temida, en ella, no sólo residen la inteligencia del animal y los sentidos, sino armas poderosas; la cabeza es un verdadero estuche parecido á esos que un ingenioso y hábil fabricante suele ofrecernos para que hallemos en un sólo objeto la utilidad y los servicios que pudieran prestarnos varios instrumentos á la vez: bastones, escopetas, cuchillos,

tenedores, martillos, limas, etc. Saetas, sierras, tenazas, punzones, dagas, trompas que sirven, en la boca del insecto, para la alimentación, ya consista ésta en substancias sólidas, ya en líquidas, ya mastique, ya chupe, ó bien por nutrirse el animal de ambos modos triture y absorba; las mandíbulas, los dardos y las trompas, son á veces armas ofensivas como el aguijón de la avispa y las mandíbulas tenazas de la hormiga. Ya os haré ver los palpos labiales, las lengüetas, las mandíbulas, el labio y los palpos maxilares... Básteos comprender ahora que, cuando un insecto se me acerque dilatando sus mandíbulas, habré de verme seguramente en grave riesgo de ser atravesado por una daga, desgarrado por sierra, oprimido por tenazas, envenenado por inoculación de algún tóxico, como por ejemplo, el ácido fórmico de las hormigas, las avispas y las abejas, las antenas, esos á vuestra vista finos cuernecillos que se ven á uno y otro lado en la cabeza de los insectos, y que á veces se prolongan casi por mayor longitud que la del cuerpo, son en muchos insectos, cuyo sentido de la vista es algo obtuso, como bastoncillos de ciego, pero bastoncillos cuando con ellos, no sólo atinan tocando, sino que tocan palpando; esto es por toques hábiles y delicados tan repetidos, y por tal destreza, que no se puede dudar que van por ella apreciando dimensiones, lisuras ó asperezas, formas, en fin, de las cosas.

Pues bien; las antenas son además órganos del lenguaje, y esto esto es ya un hecho reconocido en la vida de los hormigas; y además, las antenas son órganos del olfato; pues ya es innegable que los insectos huelen y no se ha descubierto ningún órgano que aparente los caracteres de un órgano olfatorio sino es las antenas ó la antena. Sobre esta nariz factil hay un ejemplo en la trompa del elefante, el cual, visto desde la altura de un monte, ya resulta casi tan diminuto como una conivela



para vosotros. En el Universo, lo que aparece enorme resulta despreciable, aunque no sea mucha la elevación desde la cual hayamos de contemplarlo.

Por lo tanto, el insecto que á vosotros ahora os parezca despreciable por su pequeñez, para mí es un temible monstruo. Tenedlo en cuenta la rapidez conque los insectos se mueven, es mil y mil veces relativamente mayor á la de un tigre ó un toro; algunos de aquellos monstruos son alados; casi todos; muchos se lanzan por zancas poderosas á saltos prodigiosos; la variedad que entre ellos existe es mayor también á la que existe entre las fieras de los desiertos y de los bosques.

Teniendo esto presente, nada os digo por ahora respecto á la anatomía de los insectos, porque no podréis entenderla hasta que diseque el cuerpo de alguno y os vaya mostrando parte por parte todas y cada una de las que componen el animal.

(Se continuará.)



(Continuación.)

Los órdenes de los insectos son diez. Las diferencias que establecen esta división y los nombres con que dichos órdenes se distinguen, y que ya os comprobaré, son los siguientes á los posteriores plegados transversalmente: coleópteros longitudinalmente; ortópteros, las cuatro alas membranosas y verticuladas; neurópteros, alas membranosas desnudas y en grandes células; himenópteros, cuatro alas escamosas; lepidópteros, alas desnudas; hemípteros, dos alas; dípteros, sin alas; afanípteros, abdomen desprovisto de apéndices; anopluros, con apéndices en el extremo abdominal, tisanuros.

—A ver, papá, atiéndenos; hemos ido copiando la clasificación para aprendérmola de memoria—dijo mi niño—y seguidamente repitió los diez órdenes de insectos.

—Ahora bien; por ahora basta que tengáis en cuenta lo que os he dicho, y que aprestándoos á cumplir mis órdenes y á sacar fruto de las experiencias, pueden éstas resultar provechosa enseñanza. Ocupémonos de la caza, quiero decir del modo porque habréis de usar los instrumentos de caza, y para ello, después de lo que yo os diga en este momento, lecréis un precioso cuaderno que hay en mi biblioteca en el tomo veinte de los libros, en cuyo lomo se lee: *Sección de ciencias naturales*, folleto. Veréis entre los cinco folletos que compone el volumen, el folleto del joven y sabio Profesor español Ignacio Bolívar, obra muy útil, titulada *Apuntes acerca de la caza y conservación de los insectos*. En mi maletín de caza, dispuesto de manera que por las dos correas exilladas se pueda, cruzando con ellas el pecho, llevar aquél á la espalda, veréis un descortezador y una azadilla; el primero para descortezar los árboles y remover tierra y arena, aunque para ambos empleos y mejor para el último habrá de valerlos la azadilla. Yo usaba de ambos instrumentos. Síguense luego dos mangas ó vaquetas, de las cuales veréis una hermosa descripción, así como un muy claro informe respecto de su empleo en dicho folleto; así, pues,

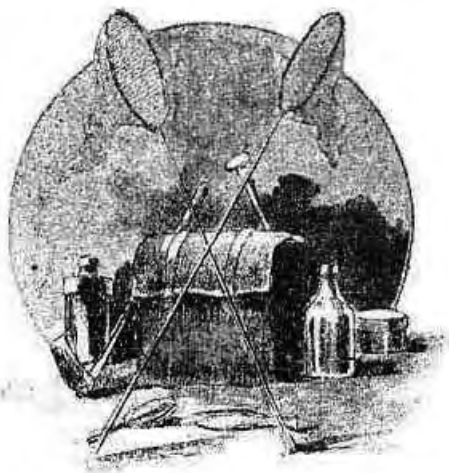
yo ligeramente voy á hablaros de éstos como de los demás instrumentos. Manga paraguas, ó sea el bastón articulado que veréis y que provisto de un saco fuerte sirve para que en su fondo caigan los coleópteros cuando para hacerlos caer en él hayáis de agitar las ramas de los árboles ó las hierbas del campo.

Manga fina, que es la de otro bastón que hallaréis junto á los dichos; ésta sirve para la caza de los coleópteros que viven en el agua. Los coleópteros habréis de guardarlos en los frascos que se hallan en el armario del rincón. Frasco de hoja de lata, fondo ovalado de diez centímetros por cinco de ancho y catorce de altura, tapón de corcho.

En este suele echarse algo de serrín humedecido con alcohol del que hallaréis también allí, alcohol de treinta y cinco á cuarenta grados. En dicho frasco se echan los insectos grandes que no tengan escamas ó pelos, porque éstos desaparecerían con la humedad. Otro frasco veréis igual al otro, pero que se halla interiormente dividido en dos partes; la mayor ha de llevar serrín con alcohol como en el primero; la otra serrín con unas gotas de bencina; por fin, veréis dentro de la maletilla en la carpeta del fondo y entre algodón en rama, varios frasquitos de cristal, frascos largos de los que usan los comisionistas de confitería y de perfumes, y otros más pequeños que no son sino tubitos vacíos de las cajas de medicamentos dosimétricos.

Estos y aquéllos pueden servirnos para llevar hormigas y otros insectos que debemos tener separadamente.

Otros frascos que hallaréis provistos de un tapón de corcho atravesado con un cañoncito de pluma cortado exteriormente, sirven para introducir en ellos, por el cañoncito de pluma, los insectos pequeños. En el maletín está la manga de tul fino para cazar avispas y abejas, especialmente; barretillas de acero que han sido de mi uso para el estudio y la caza de las hormigas. Estas barretillas, aplastadas algunas por uno de sus extremos en



forma de paletas, otras afiladísimas me han servido y os servirán según yo os vaya indicando su empleo. Las lupas han de ser utilizadas, no sólo para ver, sino para enfocar á tiempo el rayo del sol sobre mis enemigos. Una de estas barretillas tiene á un extremo un pincelillo de pluma formando brocha corta y recia, el cual, empapado en saliva, me ha servido para prender á él las hormigas; sacudiendo después la barretilla en la boca del frasco, deja en el fondo de éste la hormiga cautiva. Veréis las espinzas finas y las espinzas provistas de dos paletas de red; éstas últimas espinzas son, como veréis, de suma utilidad, y fueron ideadas por el Sr. Pérez Arcas. Quédanos ya la manga de mariposas, manga que Carmela ha manejado en nuestro jardín y á la perfección.

—Vamos, pues, papá—exclamó mi hijo lleno de impaciencia—ya iremos aprendiendo lo que nos sea necesario aprender conforme nos las muestren nuestras aventuras.

—Vamos—repliqué lleno de vivo entusiasmo.

Carmela me trajo en uno de los platitos de su casa de muñecas algunas miguitas de bizcochos empapadas en Jerez; yo tomé aquella deliciosa golosina, y luego me ví de pronto metido en el bolsillito del peto del delantal de mi hija, y cómodamente reclinado en un finísimo pañuelo de bastista.

—No corras—grité á Carmela con mi voz de mosquito—que me vas á trastornar.

En el fondo de mi escondite un estruendo terrible hubo de llenarme de espanto: era como el ruido atronante y acompasado de los émbolos de una máquina de vapor: eran los latidos del corazón de mi niña, de cuyo ruido y agitación de seguro no se daba ella cuenta, así como yo no oía ni sentía las palpitations del mío.

Ya en la palma de la mano de mi hija, se me ocurrió decir á ésta que me dejase en el suelo y fuera á llamar á su hermano, el cual, sin duda, se había entretenido rebuscando los chismes de caza. Hizo Carmela lo que yo la ordenaba, y se fué, no

sin encargarme antes que no me alejase de allí para que ellos me hallaran al volver, no hiciese el diablo que extraviándome, ella me perdiera entre la espesura de los arbustos y de la grama de la tierra, por la cual mis hijos no habrían de atreverse á poner los pies por no estrujar bajo sus zapatos á su padre, lo cual, si ocurría, habría de ser un suceso horrible.

Prometí á Carmela cumplir sus órdenes, y esperé junto al pie de un enorme y altísimo rosal.

¡Ah! Pero el hombre propone y Dios dispone. Desde que me hallaba convertido en doctor verdaderamente homeopático, casi no me había dado cuenta de mi situación hasta aquel momento. En ocasiones todo me había parecido un sueño, y ora animoso, ora abatido, resistí con valor lo penoso y singular de mi estado; el cariño de mi mujer, el inocente entusiasmo de mis hijos, los cuales creían



que por deleitarles ó instruirles y hasta por mi propio gusto, me había reducido voluntariamente á tan extremoso achiucamiento, los cuidados de los tres seres queridos de mi corazón fueron motivos suficientes para aminorar y aun evitar en parte mi tristeza; pero no bien me hallé solo, sentí como nunca mi desgracia, y tuve verdadera conciencia de mi infortunio; pero poco á poco fui cayendo en una alucinación que acaso no podáis comprender aunque yo os la explique con suma de singulares detalles, toda vez que no os habéis hallado jamás en situación como aquella, en la cual yo entonces me hallaba. Primero me asaltó la idea de la dificultad en que me veía de poder explicar la novedad de mis impresiones, y aun más, de dar á mis hijos cuenta exacta y fiel de todo aquel mundo

pequeño en que entonces, sólo entonces, me ví verdaderamente. Hallábame en la situación en que os veréis cuando intentando limitar vuestra inteligencia y vuestra observación al estudio de las cosas más sencillas, es decir, cuando bajando hasta colocaros al nivel de los infantiles entendimientos de vuestros hijos, por enseñarles verdades elementales, os veis sorprendidos por la complejidad, profundidad y grandeza de lo que tal vez hasta entonces por fácil, insignificante y trivial.

¿Cómo podía yo hablarles de todo cuanto entonces veía, oía, consideraba y admiraba en aquel momento?

Figuráos que olvidé la pequeñez que, con relación á mi antigua talla natural, es decir, antes de que el licor de Bam Bam, maldecido, me hubiese achicado, tenían las plantas del jardín, las hierbas y los granitos de arcilla de la tierra, y me creí transportado, no á un espacio inferior al mundo que antes había visto, sino á un mundo superior á él. Cada montáculo de arena era la reunión de miles de brillantes, piedras de fulgentísimos reflejos irisados, anchas hojas como de plantas tropicales, las en otro tiempo para mí diminutas cintas de hierba; parecíame estar viendo en conjunto formado un inmenso cuadro de gigantescos vegetales, de enormes rocas transparentes, todo lo que por separado había visto en otro tiempo al microscopio.

(Se continuará).

